

TEMAS DE ACTUALIDAD

por

ARTURO ROLDÁN



<http://www.salvatierra.biz>

Nota: Todos los trabajos de este Portal de Psicoanálisis y Literatura, incluidos sus eBooks, se ofrecen con carácter gratuito.

© Arturo Roldán

**© Versión,
corrección de los textos,
selección de las fotos
y edición
de
Antonio Salvatierra
antonio@salvatierra.biz**

Reservados todos los derechos.

Excepto sobre las fotos seleccionadas de entre todas las que circulan por Internet acerca de los temas trabajados. En caso de que el propietario de los derechos de autor de alguna de ellas prefiera que la retiremos del e-book, bastará con que nos lo comunique y la sustituiremos por otra.

ÍNDICE

BREVE NOTA BIOGRÁFICA Y CURRICULAR	4
TEMAS DE ACTUALIDAD	6
JORNADAS DE PSICOANÁLISIS LACANIANO	7
Continuar la obra de Freud	7
Discurso médico y discurso analítico.....	8
Analizar las psicosis.....	9
Los “perversos” de la medicina.	11
HORÓSCOPOS	12
NOTAS SOBRE EL MUNDIAL DE FÚTBOL.....	15
EL PERDÓN	17
LA DELINCUENCIA	20
Desde el psicoanálisis.....	22
Los delincuentes por sentimiento de culpabilidad.....	24
Después de Freud.....	25
EL SACRIFICIO DEL SUICIDA HOMICIDA	27
LA TELEVISIÓN BASURA.....	38
La función de la televisión.....	39
La función de la televisión es la negación de la angustia social e individual.....	42
La angustia de la televisión.....	45
NUEVOS MALESTARES, VIEJAS SOLUCIONES.....	48
LA FUNCIÓN DE LAS RELIGIONES EN LA ESPECIE HUMANA.....	55
La religión bolchevique.....	55
La función religiosa.....	57
La pregunta por el origen.....	59
Morir.....	62
El sentido.....	64
El cuerpo está afectado por la angustia.....	66
La religión, el cuerpo, la angustia.....	67



BREVE NOTA BIOGRÁFICA Y CURRICULAR

Arturo Roldán nace en la ciudad argentina de **Córdoba** en **1940**, ciudad en la que también obtiene la titulación de **Médico** en **1967**. Ese mismo año **se traslada a Buenos Aires** y comienza su **psicoanálisis personal**, con cuatro sesiones semanales, al mismo tiempo que **empieza a trabajar como Médico Interno Residente en la Sala de Psicopatología del Hospital Ignacio Pirovano**. Este servicio psiquiátrico se inserta en un hospital general, situación sumamente novedosa en aquel tiempo dentro de la salud mental argentina, de modo que en dicho hospital **recibe las últimas influencias del movimiento psicoanalítico y de las corrientes antipsiquiátricas** argentinas y europeas.

Especialmente importante para su formación, en esta época, es que **realiza diversos cursos con Oscar Masotta** en los que lee “Una cuestión preliminar al tratamiento de la psicosis” de Jacques Lacan, lo cual determinará su práctica hospitalaria a partir de ese momento. **En 1971 se autoriza como Psicoanalista** y, al terminar el MIR, **en 1972, obtiene el título de Médico Especialista en Psiquiatría y es nombrado Jefe de Clínica de la Sala de Psicopatología del Hospital Ignacio Pirovano**.

En 1976, debido a la grave situación política que atraviesa su país y a lo comprometido del cargo que también viene ejerciendo desde 1972 como **Secretario de la Federación Argentina de Psiquiatras**, **ha de exiliarse a Barcelona**, en cuya Universidad convalida la titulación de Médico y **comienza a trabajar en la Cátedra de Psiquiatría y en el Instituto Frenopático**.

Desde entonces, lleva a cabo una importante labor en la difusión y enseñanza del psicoanálisis como miembro destacado de varios Grupos de Estudio de Psicoanálisis (del País Vasco, Galicia, Madrid, etc.) y posteriormente de la Escuela Europea de Psicoanálisis. Así, por ejemplo, es conocido que fueron sus seminarios en Bilbao los que hicieron posible la aparición y el desarrollo del psicoanálisis lacaniano en el País Vasco. Igualmente, **publica diversos textos en múltiples revistas psicoanalíticas de Europa y Sudamérica como “Camp del Arpa”, “Sínthoma”, “Tyché”, “Ornicar?” (en francés), “Analición”, “Cuadernos Europeos del País Vasco”, “Finisterre”, “Freudiana”, etc., y dicta numerosos seminarios y cursos en diversos Hospitales (como el Hospital Psiquiátrico de Leganés, el Hospital Psiquiátrico de Zanudio en Vizcaya, el Hospital de Tres Cruces en Bilbao, el Hospital Provincial Psiquiátrico de Madrid, el Hospital de la Princesa de Madrid, etc.) y Centros de Salud (de Pamplona, Vigo, Sevilla, Barcelona, Málaga, etc.) repartidos por todo el ámbito del Estado Español,** participando siempre muy activamente en todo el movimiento lacaniano español e internacional.

En la actualidad, ejerce como psicoanalista en su **consulta privada en Madrid** y continúa desarrollando su labor de **Enseñanza en Psicoanálisis** también en otras ciudades. Enseñanza que además desde Marzo de 2003, con la **colaboración de Antonio Salvatierra,** viene haciendo extensiva a **Internet** a través de esta Web.

Entre sus aficiones sobresale su amor por **el teatro,** llegando a escribir una obra, **“Memoria y Olvido (Argentina 76 - Nunca más)”**, que ha sido representada entre otras ocasiones en el **Festival Iberoamericano de Teatro** de Cádiz y en el **Festival de Teatro Contemporáneo** de Alicante.

Portada del primer número de la
Revista "Freudiana" (1991).



TEMAS DE ACTUALIDAD

(COMENTARIOS SOBRE TEMAS DE ACTUALIDAD DESDE EL PSICOANÁLISIS)

- Jornadas de Psicoanálisis Lacaniano.
 - Horóscopos.
 - Notas sobre el Mundial de Fútbol.
 - El perdón.
 - La delincuencia.
 - El sacrificio del suicida homicida.
 - La televisión basura.
 - Nuevos malestares, viejas soluciones.
 - La función de las religiones en la especie humana.
-

**“Enrique Navarro,
presidente de la
Biblioteca de Estudios
Freudianos de Bilbao,
junto al psicoanalista
Arturo Roldán”.**



JORNADAS DE PSICOANÁLISIS LACANIANO

**ARTÍCULO FIRMADO POR ANABEL OCHOA Y PUBLICADO EN EL Nº 62 DE LA REVISTA
“EL MÉDICO, PROFESIÓN Y HUMANIDADES”, EN JUNIO DE 1983.**

El País Vasco ha sido la sede de lo que podríamos denominar como las jornadas más importantes celebradas hasta ahora en el Estado. Organizadas por la Biblioteca de Estudios Freudianos de Bilbao, han recibido su toque de trascendencia al contar con toda la plana mayor de la “Fondation du Champ Freudien” de París.

“Sobre las psicosis” ha sido el tema monográfico versado en las ponencias de los seguidores de Lacan, psicoanalista francés, fallecido recientemente. Jacques Lacan, reconceptualizador de la obra de Freud, ha sido un personaje muy controvertido dentro del mundo del psicoanálisis. Sus formulaciones partiendo de los textos de Freud, gozan de las aportaciones de la Lingüística, la Antropología y la Matemática moderna.

CONTINUAR LA OBRA DE FREUD.

La Biblioteca Freudiana de Bilbao ha realizado su primer acto público rompiendo ese silencio en que transcurrían las reuniones de los doce psicoanalistas que la componen. Nacida para el estudio y difusión del psicoanálisis, a semejanza de las organizaciones existentes en París y Barcelona, se interesa fundamentalmente por la teoría y la práctica del psicoanálisis derivadas de la obra de Lacan.

Las risitas y reticencias en torno al psicoanálisis son hoy todavía frecuentes en el mundo médico. Quizás, por un lado, porque el médico recibe en la Universidad más formación técnica que psicológica, y quizás también porque su vocación de aliviar el padecimiento ve en la escucha del paciente simplemente un apoyo. Este grupo de profesionales hacen de la escucha una terapia y su técnica es la interpretación de esa

escucha, devolviéndosela al sujeto para que la asuma. Definitivamente, este grupo de lacanianos son los rebeldes de los rebeldes, ya que si Lacan es controvertido en el mundo del psicoanálisis en particular, también todos los psicoanalistas lo son dentro del mundo de la medicina en general.

Ese “monstruo” llamado Freud tuvo la osadía de decir, en plena época victoriana, que el niño -considerado puro, angelical e inocente- era un perverso polimorfo. Es decir, había que recapitular toda la concepción de lo que es el hombre. No se trataba de que el adulto maleado fuera capaz de perversiones, sino que el adulto reprime las perversiones a las que tiende desde niño y así se convierte en un ser socialmente aceptable. La perversión, la búsqueda del placer y no del instinto de reproducción, venía a definir la sexualidad en el humano como una verdad intolerable.

De este modo, los procesos infantiles se convertían en el hecho trascendental del psiquismo adulto. La enfermedad mental se convierte en un conflicto intrapsíquico entre la búsqueda del placer y las imposiciones de la realidad social que obligan a ir reprimiendo aquello a medida que se crece: “eso no se dice, eso no se hace, eso no se toca”.

El psicoanálisis, nacido como una filosofía, se convierte también en una terapia al destacar lo reprimido, lo olvidado y lo sometido mediante las asociaciones del lenguaje en el diván.

Lacan continúa la obra de Freud precisamente en lo que al lenguaje toca: “el inconsciente está escrito en palabras”. Si al hablar el sujeto “dice más de lo que sabe”, el psicoanalista en la escucha se convierte en el eco que le devuelve sus palabras para que se oiga a sí mismo y sepa: “el sujeto es hablado por su inconsciente”.

DISCURSO MÉDICO Y DISCURSO ANALÍTICO.

Iñaki Viar, uno de los fundadores de la Biblioteca Freudiana de Bilbao, señalaba al presentar las Jornadas: “El discurso médico crea su propia ilusión en la clasificación, en lo que sabe”. De este modo se introducía la diferencia de dos posiciones ante un enfermo; mientras el médico al escuchar los síntomas sabe lo que le pasa al enfermo, el psicoanalista se sitúa en un lugar en el que el único que sabe es el enfermo. A este respecto nos puntualizaba más tarde Jorge Besso: “el paciente es el único que sabe, pero él no sabe lo que sabe; el psicoanalista no debe hacer del saber su síntoma puesto que esto sería certeza”.

En este punto, y antes de meternos en un trabalenguas teórico del que se acusa a los lacanianos, cabe recordar que, para Freud, hasta las equivocaciones más banales en la vida cotidiana están hablando de una verdad inconsciente del sujeto. Así una persona dice normalmente lo que debe decir, pero cuando se equivoca y le sale una palabra por otra dice lo que quiere decir, esa verdad inconsciente que sólo busca el placer.

De este modo, las equivocaciones orales son entendidas como grietas en el muro de contención de “lo que conviene” que son aprovechadas por el inconsciente para salir de su prisión; nunca como auténticos fallos de funcionamiento de esa computadora lingüística que es el cerebro. La palabra equivocada nos da la pista del deseo del sujeto. Es clásica la anécdota recogida por Freud en su obra -junto a un análisis detallado de cientos de ellas- en el que el presidente de la Cámara de Diputados austriaca, que presumía que una sesión iba a ser larga y aburrida, al iniciarla se equivoca y al dar con el martillo dice “se levanta la sesión” en lugar de “se abre”.

ANALIZAR LAS PSICOSIS.

Las psicosis constituyen el caballo de batalla de todas las terapias posibles frente a la enfermedad mental. Lacan y sus seguidores han progresado notablemente en su teorización sobre esta alteración ante la que fracasan casi todos los métodos terapéuticos.

El hecho de que se trate del tema más difícil, y por lo tanto con mayores posibilidades de avance, lo ha convertido en el objetivo de estas Jornadas. Hablamos con el doctor Enrique Navarro, presidente de la Biblioteca de Estudios Freudianos de Bilbao:

- ¿Qué es la psicosis?.

“La psicosis sería el lugar donde se replantea, desde la praxis, toda la teoría analítica en relación a las construcciones de ésta y, en alguna manera, los puntos de imposibilidad en lo que se refiere a la transferencia y al efecto de la cura analítica”.

La cura analítica se debate también desde la medicina, donde el concepto de la curación tiene otros baremos tales como el alivio y el normofuncionamiento. Los psicoanalistas advierten que a través del análisis no se va a satisfacer la demanda del sujeto que dice “me duele ahí, cúremelo”. El doctor Navarro puntualiza: “En el análisis se da una escucha del objeto causa del deseo. Las psicoterapias no analíticas lo que van a atender es la demanda del sujeto, demanda que siempre va a ser demanda de

amor, lo que conlleva a un cierre o clausura del deseo, en el sentido de que el amor mata el deseo. El deseo siempre es sexual”.

- ¿Existe la cura analítica?

“La cura médica apuntaría la posibilidad de que, a través de los cuidados sanitarios, se permitieran los procesos órgano-biológicos que reinstauran o reparan las lesiones en el cuerpo: Mientras que, en la cura analítica, su efecto vendría dado por una caída del objeto causa del deseo, que permitiría su inscripción en el orden simbólico y la reinstauración del discurrir de los deseos del sujeto, así como produciendo una desarticulación entre el fantasma y el síntoma.”

- ¿Por qué cuando hablan los lacanianos no se entiende nada?

“Es como la Matemática, la dificultad de comprensión es porque se trata de un lenguaje científico en ocasiones difícil de vulgarizar sin caer en el riesgo de la imprecisión o del equívoco.”

Volvamos un poco a las psicosis. Hasta ahora el psicoanálisis no estaba indicado para las mismas por la imposibilidad de que el sujeto que la padece desarrolle una actitud emocional hacia el analista: la transferencia. Ahora, las Jornadas se vuelcan hacia este tema. Se les acusa de utilizar las psicosis para seguir teorizando, para hablar y escribir de las mismas, pero no aportar nada que lleve hacia la cura. ¿Qué hay de cierto en ello?

“Freud se plantea la imposibilidad en las psicosis de la transferencia y, por tanto, de la cura. Sin embargo, en la actualidad parece evidente una transferencia en las psicosis, aún cuando es difícil hoy en día asegurar que existe un efecto de cura en la misma. Esto no debe ser motivo, parodiando a Lacan, de retroceder frente a lo psicótico.”

- ¿Un médico, deja de serlo al convertirse en psicoanalista?

“No. Lo que ocurre es que el discurso médico-psiquiátrico pretendería compatibilizar al sujeto con el medio que le rodea o, por decirlo de otro modo, hacerlo sociable a través de un proceso de alienación en referencia al orden de la 'psicosis social' predominante. Mientras, el discurso analítico presupone un descentramiento del sujeto, inevitablemente alienado en un Otro lugar llamado inconsciente, lo cual presupone una perspectiva individualizada del sujeto y donde lo social queda más del lado de lo imaginario, de lo aparente, siendo este el motivo de que el psicoanálisis aparezca como subversivo desde el punto de vista social.”

LOS “PERVERSOS” DE LA MEDICINA.

Durante dos días, psicoanalistas españoles, franceses y argentinos presentaron sus ponencias situando las psicosis en el devenir analítico.

Arturo Roldán, venido desde Barcelona y colaborador habitual de la Biblioteca de Bilbao con sus seminarios, centró la disyuntiva Psiquiatría-Psicoanálisis recordando las diferencias entre ambas disciplinas a pesar de que el propio término “psicosis” fue acuñado por la Psiquiatría. “La transferencia de significantes de la Psiquiatría al Psicoanálisis trae malentendidos y la clasificación de la O.M.S. sería, en cierto sentido, un catálogo delirante”. Por otra parte señalaba que, hasta ahora, el psicótico no era analizable por su calidad de indiferente, negativo, y no sugestionable, la certeza de su delirio impide cualquier otro saber, sin embargo “una de las psicosis normales es el amor”.

Jorge Besso, igualmente llegado desde Cataluña, señalaba que “el neurótico está cerca de una respuesta que no quiere saber; al psicótico, en cambio, la respuesta le viene, se le impone”.

Asimismo, las Jornadas contaron con la presencia de Víctor Gómez Pin, miembro de la “Fondation du Champ Freudien” y actual director del departamento de Historia de la Filosofía de la Facultad de Zorroaga (San Sebastián). Psicoanalizado personalmente por Lacan, declaraba días antes a un periódico bilbaíno: “El mayor peligro que corre el psicoanálisis es el de convertirse en una ideología. Una ideología es siempre una pseudoexplicación, una explicación conservadora y narcisista, tolerable por la identidad más perezosa del sujeto a que va dirigida. No hay ideología buena. Pero si el psicoanálisis se considera como una filosofía es siempre una praxis y compromete de una forma total y exhaustiva. En este sentido el psicoanálisis es una filosofía, en la medida que es un proyecto de racionalización de dimensiones hasta ahora ocultas que compromete radicalmente al que se embarca en ello...”.

Jacques-Alain Miller y Eric Laurent -considerados actualmente como los dos principales “herederos” de Lacan- hablaron sobre “Síntoma y fantasma, a propósito de las psicosis” y “De la transformación delirante” respectivamente. Junto a ellos participaron asimismo Rosine y Robert Lefort, E. Foulkes, J. Salinas-Rosés, Carmen Gallano, Colette Soler y Rithée Cevasco.

**Fernando Pessoa, poeta
que introdujo en Europa
el modernismo portugués.**



HORÓSCOPOS

ARTÍCULO REDACTADO EN MAYO DE 2002

Domingo, 29 de abril de 2002. Ese día como cualquier otro domingo había comprado el periódico, pero ese día, no sé por qué, me fijé en los horóscopos. Los periódicos, los teletextos, casi todos los portales de Internet,... traen horóscopos. Lo último son los horóscopos y la carta astral por el móvil. Toda publicación periódica trae horóscopos: contradictorios, imperativos, alegóricos, enigmáticos... dan consejos para moverse en esos actos cotidianos que van desde los problemas económicos al sufrimiento, sin dejar de lado los amores y los odios, las relaciones de parejas, los vínculos entre padres e hijos sazonados con distintas consideraciones familiares, y así de seguir.

La pregunta surge espontáneamente: ¿qué pasa con los horóscopos?, ¿por qué se publican tantos?. ¿Qué pasa que todo el mundo lee su signo en horóscopos que lo dicen todo y que no dicen nada?. No se trata de realizar un estudio sobre el valor de la astrología, ni una denuncia sobre la estafa evidente de los teléfonos 906, se trata de encontrar las razones de este fenómeno sociológico.

Hace diez años cualquier medio de información medianamente “serio” se negaba a publicar horóscopos por considerarlo como algo “poco científico”, pero se ha ido imponiendo lentamente como un pasatiempo social, que hace posible un tema de conversación, en diversos grupos sociales. Esta moda-manía se ha ido extendiendo con la complicidad de las grandes editoriales de divulgación y publicaciones basuras hasta llegar al horóscopo chino, que es más sofisticado aún que el asirio-babilónico. De esta manera, podemos ver cómo las revistas dirigidas a mujeres o dedicadas a temas muy amplios como la salud, sacan a la venta números monográficos en los que se explayan escribiendo, con un supuesto saber carente del más mínimo fundamento,

sobre cuestiones tan dispares como los horóscopos, el I Ching, las flores de Bach, y un largo etcétera. Una cosa es evidente, los horóscopos dan grandes ganancias al mundo editorial de revistas de opinión poco serias.

Pues bien, es posible ubicar este fenómeno como un síntoma social, como la marca de un tropiezo, como la señal de una disfunción, de algo que no anda en la vida de cada cual y que se sufre con la lectura de un pronóstico, de una adivinación del futuro doméstico, de un oráculo de andar por casa,... y esto que hace síntoma es el futuro.

Es indudable que un león en las sabanas africanas no sabe si es Leo o Escorpio, y ese no saber está en relación con el no saber sobre la muerte. Pero en los sujetos de la especie humana, la anticipación de saberse mortal dibuja un futuro cuyo término final es la tumba y, por lo tanto, una incógnita sobre cómo será hasta entonces ese futuro. No saber si me voy a morir hoy o mañana, hacen del futuro algo incierto... y es en esa incertidumbre donde aparecen los horóscopos prometiendo proporcionar alguna seguridad.

La fuerza de la certidumbre se la da cada cual y, aunque se trata de una certeza lúdica, poco seria, no deja de producir efectos. Este poco de sentido que introduce el horóscopo en la vida de las personas, tiene que ver con el origen de su saber y la posición de saber que toman sus agentes.

Hoy, 29 de abril de 2002, el horóscopo de "El País", firmado por Leonor Alazraki, comienza diciendo sobre los "Escorpio": "Les favorecerá esperar lo necesario para conseguir lo que buscan". Este consejo, cuya amplitud de significado deja abierto a múltiples identificaciones, introduce un saber para los que nacieron en dicho signo que da sentido a su futuro, que les proporciona una norma para afrontarlo, un imperativo disfrazado que tienen que acatar si quieren que su futuro sea favorable.

Hay que reconocer que los más serios, entre aquellos que se dedican a esta tarea, niegan el carácter adivinatorio de los horóscopos e insisten en decir que sólo formulan una tendencia natural de acuerdo a la conjunción astral de cada cual, pero lo cierto es que cobran importancia por predecir el futuro y dar pautas para la acción, para que las cosas vayan bien a cada lector.

Este carácter adivinatorio de los horóscopos es lo que ha hecho que se pongan de moda y lo que determina su poder de venta actual. La astrología occidental nace mucho antes que el monoteísmo; se supone que los primeros en utilizarla fueron los pueblos mesopotámicos, de donde pasó a la India, a China y al resto de Asia. El

universo simbólico de los asirios babilónicos era muy diferente del nuestro y nos resulta difícil descifrarlo en la actualidad pero, fuese como fuese, los horóscopos nacieron con él y se han mantenido hasta hoy en día casi sin modificaciones.

Un aspecto particular de las religiones politeístas, incluidas la griega y la romana, fue la práctica del arte de la adivinación. Esta particularidad aparece en la sociedad griega de una forma específica: el oráculo. La incertidumbre por el futuro llevaba a que la gente los consultara en busca de profecías y, como pasa en la actualidad con los “famosos” y los “políticos”, acudían a los oráculos cuando tenían que tomar decisiones vitales importantes. Aquí vale la pena recordar el oráculo más famoso, el de Delfos.

Igualmente, aquellos que leen los horóscopos cotidianos, los horóscopos que pululan por todos lados, buscan un poco de sentido para que el futuro no sea tan incierto, y lo buscan en un saber politeísta que pervive en la actualidad debajo del monoteísmo, como aseguraba Pessoa. Un politeísmo solapado que marca algo de lo que no funciona en la sociedad actual. Así que, ya puestos a predecir el futuro, quizás el auge de los horóscopos esté marcando un cambio en las creencias actuales; no nos olvidemos que las religiones monoteístas, con su secuela de segregaciones en nombre de un dios único, continúan sirviendo de fundamento para las guerras también hoy en día.

**Fevernova, el balón
del Mundial de Fútbol 2002,
considerado el más redondo,
rápido y preciso de la Historia.**



NOTAS SOBRE EL MUNDIAL DE FÚTBOL

Fevernova es el nombre del balón que corre por los campos de Corea del Sur y Japón. Es un nombre ingenioso ya que podemos leer en él, por un lado, la fiebre mundial que azota al planeta cada cuatro años y, por otro, una estrella fugaz que pasa por el cielo con gran celeridad. Fiebre apasionada y brillante que dura un instante en el confuso mar del tiempo.

¿Qué tiene el fútbol que hace posible tanto espectáculo?. ¿Opio de los pueblos, circo romano o pasatiempo un poco caro?. ¿Mística, religión, encanto?. Una respuesta es segura: el fútbol es un gran negocio, como lo son las carreras de fórmula uno, o el motociclismo, o el fútbol americano y el baloncesto en EEUU. He nombrado a cuatro, es posible agregar algunos otros, como el tenis o el golf, incluso el ajedrez. Dentro de esta actividad económica también hay que recordar a eventos deportivos puntuales, como las Olimpiadas. Otro tipo de deporte, si es posible llamarlo de este modo, los toros, genera una actividad económica importante por sus implicaciones en las ganaderías.

En cada una de las actividades deportivas mencionadas el trasiego económico está al orden del día y, en cada una de ellas, la particularidad de su quehacer tiñe todo el desarrollo económico. En algunas, como el golf o el tenis, el dinero circula entre los deportistas siendo el patrón de medida que establece la jerarquía anual de los números unos, los mejores, los que más brillaron en sus deportes. Pero el poder económico de sus federaciones, aun siendo importante, no alcanza el poderío de la FIFA, o en todo caso no es parecido.

El dinero que circula en el fútbol, entre los deportistas, clubes, intermediarios y “tutti quanti” es inmenso y habla del poder que estos grupos tienen. Es de sobra conocido

todos los tejes y manejes que implicó a nivel político la designación de Corea del Sur y Japón como países organizadores del Mundial, superando multitud de conflictos políticos para ser escaparate de tan sonado acontecimiento.

Es sabido que donde se juegan tantos intereses económicos, tantos grupos de poder, se facilita que aparezca lo peor de la condición humana, lo que no quiere decir que la pobreza facilite lo mejor. Y cuando digo "lo peor", me refiero a las ambiciones desmedidas, las intrigas palaciegas, los ladrones de guante blanco, las estafas legales, el trabajo sucio de los intermediarios, la manipulación de la vida, los trasiegos económicos que llevan al latrocinio, a las comisiones ilegales y a un largo etcétera difícil de enumerar.

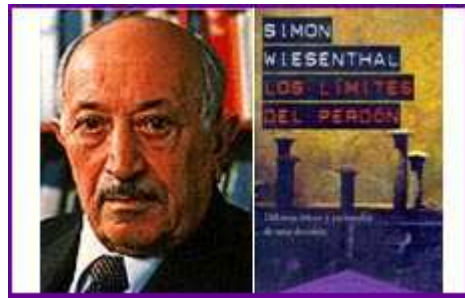
Pero esta situación, común a cualquier empresa, no explica por qué el fútbol es una actividad que genera tanto dinero, tantas euforias, tantas adhesiones,... hasta el punto de llegar a detener la actividad de una ciudad, de un país, cuando se juega un partido importante.

Pongamos en limpio sus principales características: se trata de un deporte altamente competitivo, donde lo que está en juego es la habilidad de los pies en su contacto con el balón; no es violento como el boxeo; lo que pone en primer plano es el cuerpo humano y no necesita de altas tecnologías; es un deporte, en suma, donde cualquiera puede triunfar independientemente de su origen y que, por tanto, constituye un lugar óptimo para la identificación. No dudamos que otros deportes reúnen estas condiciones, pero el conjunto de sus cualidades produce un lugar identificatorio a nivel masivo... y donde hay identificación no hay angustia, por un momento la angustia contemporánea queda suspendida, desaparece.

Esta cualidad es esencial, sin ser la única, para que el fútbol sea lo que es. Ayudada ciertamente por la televisión, pero la televisión lo que hace en realidad es colaborar, aprovecharse de esta situación. En resumen, el fútbol es un ansiolítico a gran escala, un entretenimiento, quizás necesario, para yugular la angustia producida por el vacío de las tardes de domingo.

Fevernova lleva esta situación a su máxima potencia, por eso es una fiebre fugaz... mientras que la angustia es crónica.

**Foto de Simon Wiesenthal
junto a la portada de su libro
“Los límites del perdón”,
objeto de este comentario.**



EL PERDÓN

ARTÍCULO REDACTADO EN ABRIL DE 2002

En el momento actual, en este comienzo del siglo XXI, marcado por las nuevas tecnologías que se hicieron presentes en las Torres Gemelas y, hace pocos días, en el atentado en el paraíso balinés, hay ciertos debates que parecen anticuados, viejos problemas de conciencia (como se les llamaba) que pertenecen al pasado. Entre éstos, la problemática del perdón parece cosa de otro siglo.

La gran virtud del libro de Simon Wiesenthal “Los límites del perdón”, que está dividido en dos partes, es recordarnos esta vieja problemática intentando alejarse de un planteamiento meramente religioso y con la ambición de dilucidar el “dilema ético y racional de una decisión”.

La primera parte, titulada “El girasol”, está dedicada a narrar un episodio que le pasó al autor cuando, por su condición de judío, le tocó vivir en distintos campos de concentración o exterminio nazis durante la segunda guerra mundial. En dicho relato se pueden percibir con claridad los horrores de esos campos, la degradación a la que puede llegar el ser humano cuando, dadas ciertas condiciones políticas, la muerte aparece como un mal menor. Es en uno de esos campos de exterminio donde Simon Wiesenthal vive una experiencia sorprendente: un joven soldado de la SS a punto de morir se confiesa con un judío (que podía ser cualquier judío) a quien le solicita el perdón por los crímenes cometidos contra los integrantes de su comunidad, entre otros haber encerrado a grupos de judíos, incluidos los niños, en diversas iglesias para después prenderles fuego y quemarlos vivos. Simon Wiesenthal niega ese perdón al soldado moribundo.

La segunda parte del libro está construida con las respuestas escritas por un gran número de personajes a quien el autor le planteó la siguiente pregunta: "Si usted hubiera estado en mi lugar... ¿qué habría hecho?". Así, su encuesta determina las respuestas porque, si bien son muy diversas, resultan todas encorsetadas por la manera en que está formulada la cuestión. De otra manera: la pregunta es una trampa, ya que implica la presencia de la muerte y la posibilidad o no de disminuir el sufrimiento de un enemigo.

Desde nuestra perspectiva, el episodio en sí, aunque extremadamente curioso, no invita a ninguna trascendencia. Queda la sensación de que es un dilema moral inútil: el soldado que pidió perdón ha muerto hace mucho tiempo y su pequeño drama subjetivo, que tuvo importancia para él en sus últimas horas, no guarda demasiado interés, pues nada se puede hacer con eso. Desplazamos el cursor y nos encontramos con que fluyen otras preguntas: ¿qué pasó en Simon Wiesenthal para que se quedara tan fijado a ese episodio, hasta el punto de requerir la opinión de otras personas muchos años después?.

Es esta pregunta la que nos interesa seguir, con lo cual abandonamos la reflexión moral para adentrarnos en el problema del perdón y sus consecuencias para la economía psíquica. De otra manera: quien pide perdón otorga al Otro el poder de perdonar, coloca al Otro en el lugar del amo, ya que, cualquiera que sea su decisión, liberará al que pide perdón de su responsabilidad. De esta manera, y parodiando la estructura de la transferencia, el que pide delega en el Otro un poder, y si el otro decide hacer uso de ese poder, queda atrapado en un lugar que a su vez lo vuelve culpable. Es el caso de Simon Wiesenthal, quien, de una manera u otra, pide en forma muy elegante que le perdonen por no haber perdonado. Es decir, que el acto de pedir perdón por parte del soldado moribundo está sostenido en el odio, al hacer transitar la responsabilidad del acto al Otro.

Es por eso que perdonar es divino. El sacerdote es el trasmisor de un perdón dado por Dios, quien aparece como responsable último del acto ilícito. Todo lo cual resulta paradójico, ya que al ser Dios el responsable del acto, al perdonar la deuda, al perdonar la falta para la reconciliación, el perdón aparece como un acto de amor. Esto es la ceremonia de la confesión, en la cual el pecador es purificado, lavado de sus faltas cometidas. Curiosa situación: quien pide perdón odia, quien perdona ama, y si al que se le pide perdón responde con un "no te perdono" devuelve el odio. Esta es la razón por la que el perdón es planteado como un dilema moral. No conviene olvidar

que Simon Wiesenthal no perdona, y no es para menos, habida cuenta de que ha sufrido en manos de los nazis todas las humillaciones que una persona puede soportar.

Es así como el autor del libro aparece como un resentido -¿por qué está mal tener resentimientos?- y eso nos lleva a enfocar la historia de “El girasol” desde otro lado. Otro lado que abrimos con otra pregunta: “¿por qué el soldado nazi, a punto de morir, quería ser perdonado?”, o “¿qué función cumple el perdón en la economía subjetiva de cada cual?”.

Para ser perdonado es necesario un paso previo, pecar, faltar, y esto en relación a la ley. Es sobre este trasfondo que aparece el perdón, pero también el castigo, y tanto el uno como el otro reparan lo irreparable, alivian de la tensión producida por la falta y llaman a la esperanza de un futuro mejor, con menos remordimiento. Pero esto tiene un precio: en el caso del castigo es obvio; en el caso del perdón se paga con una nueva renuncia pulsional que se sacrifica en el altar del Otro y que hará del perdonado, en el mejor de los casos, un reincidente y, en el peor, una persona sumida en la angustia de una vida cuidadosa para poder seguir siendo perdonado.

**Luis Jiménez de Asúa, autor de
“Psicoanálisis Criminal” (1940).**



LA DELINCUENCIA

**CHARLA DADA EN EL CICLO “EXTENSIÓN DEL PSICOANÁLISIS”, ORGANIZADO POR EL
“AULA DE CULTURA DE LA FACULTAD DE PEDAGOGÍA, PSICOLOGÍA Y FILOSOFÍA” DE
LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA, EN ENERO DE 2002.**

Hablar sobre la delincuencia es un reto interesante por la amplitud de sus significados, pero esta misma amplitud se torna en obstáculo cuando queremos afinar su contenido. Estos significados varían considerablemente según el uso que se haga del término. En primer lugar, la delincuencia aparece como la calidad del delincuente, algo así como la esencia del delincuente. Digo esto siguiendo el Diccionario de la Real Academia Española, que nos da una segunda acepción: “la acción de cometer un delito”. Esta segunda acepción nos aproxima al acto; la delincuencia sería, entonces, el acto de delinquir. Estas dos significaciones nos permiten plantear que la delincuencia sería la esencia, el acto de delinquir. Pero hay una tercera acepción que estaría bastante alejada de las dos anteriores: “Conjunto de delitos, ya en general o ya referidos a un país, época, o especialidad en ellos”. Esta definición está en las antípodas de las dos primeras, puesto que nos habla de un conjunto de delitos agrupados de muy diferentes maneras.

Sin duda, seguir por esta vía nos llevaría por derroteros muy amplios que excederían en mucho el marco de esta charla; tomemos otro atajo e intentemos cernir la cuestión que nos ocupa desde el delito. Para eso recurro a otro diccionario, esta vez al “Diccionario Básico Jurídico” de la Editorial Camores. Allí podemos leer que, según el Código Penal, “son delitos las acciones y omisiones dolosas penadas por la ley”. En el Artículo 6 del Código penal se entiende el delito como “las infracciones que la ley castiga con penas graves”. A lo que hay que agregar que a los delitos se los tipifica

con una larga serie de adjetivos: delitos de acción, delitos civiles, colectivos, por omisión, etc., etc., etc.

El delito tiene, como ya puede escucharse, una relación estrecha con la ley puesto que son las acciones penadas por la ley. Puede ser dicho de otra manera: es delito el acto que la ley considera como delito, es la transgresión a una ley. Lo anterior no deja de presentar problemas, ya que al colocar el delito en relación a la ley nos damos cuenta que pueden existir leyes absolutamente contradictorias, que lo que se tipifica como delito para unas puede no serlo para otras. Un ejemplo de esto, que es de suma actualidad, está inscripto en el atentado a las Torres Gemelas del 11 de septiembre. Para el mundo occidental este bárbaro atentado terrorista es un delito, a punto tal que se buscó un culpable, Bin Laden. Para algunos sectores musulmanes, por el contrario, Bin Laden es un héroe que, respetando la ley coránica, o interpretando la ley coránica, declara la guerra santa a los infieles. Para abundar en esto, podemos también hacer referencia al “no matarás” de los diez mandamientos, que aparece de distintas maneras en los Códigos Penales. Esta prohibición de matar se transforma en imperativo de matar en tiempos de guerra. Todas estas situaciones tienen que ver con el estatuto de las leyes, su letra y su aplicación y, en este sentido, queda una puerta abierta para aquellos que quieran profundizar su estudio.

Pero el delito no es una abstracción puesto que lleva implícito un agente: el delincuente. Es decir, la persona que comete el acto delictivo. Pero ¿es lo mismo un robo en los grandes almacenes realizado por una ama de casa que los delitos persistentes cometidos por un delincuente habitual?. En un sentido son lo mismo, son transgresiones a la ley, pero en otro sentido son distintos por la magnitud del delito, siendo el segundo lo que traza un destino de delincuente que lo lleva a la reincidencia.

Lo cual puede ser fácilmente entendido por la magnitud de la pena. Con lo cual agregamos otro elemento al delito: el de ser penado, castigado de muy diversas maneras según la organización social en donde el delito se produce. Como ejemplo de esto podemos volver a la ley coránica en donde la amputación de la mano es un castigo por el robo, robo que en la civilización occidental se castiga con la reclusión carcelaria en donde se pretende la reeducación del delincuente.

Hemos ido de la delincuencia, al delito y de éste al delincuente tratando de cernir el tema que nos ocupa, pero es necesario acotar el desarrollo de esta charla porque, indudablemente, estos temas pueden ser estudiados desde muy diversos puntos de

vista: en primer lugar desde la sociología, pasando por el derecho, y por varias disciplinas más. A nosotros nos corresponde dar la perspectiva psicoanalítica sobre el delito y el delincuente, en el bien entendido que nunca será una visión que dé cuenta de la totalidad del fenómeno.

DESDE EL PSICOANÁLISIS.

No hay duda de que la historia de España en el siglo XX esta marcada por la guerra civil y su consecuencia obligada: el exilio de los derrotados. Entre estos estuvo el Dr. Luis Jiménez de Asúa que, nacido en Madrid en 1899, se instala en la Argentina donde desempeña labores docentes en la Universidad de Buenos Aires. En aquel país publica un libro titulado "Psicoanálisis Criminal", probablemente el primer estudio sistemático de la aplicación del psicoanálisis a la criminología. Anotemos el año de su publicación: 1940.

En ese libro pionero Jiménez de Asúa nos hace saber de los aportes que el psicoanálisis ha realizado para mayor entendimiento del delito y de los delincuentes. Señala en primer lugar, y basándose en la segunda tópica freudiana, es decir la tripartición del aparato psíquico en las tres instancias ya conocidas (las del yo, el superyó y el Ello) que determinan la vida humana como un permanente conflicto, que la permanencia o la ruptura del equilibrio de esas tres instancias depende de que el hombre no delinca o cometa un crimen. A lo que agrega: "Mejor dicho, en el triunfo o el fracaso del superyó, que es la porción anímica socialmente adaptada, radica el fenómeno de la delincuencia".

No podemos estar totalmente de acuerdo puesto que la noción de superyó es más elaborada, pero esta posición de Jiménez de Asúa tiene el enorme mérito de plantear una visión novedosa sobre el delito, sobre todo porque va a concluir que el psicoanálisis hace posible el surgimiento de una doctrina criminológica predominantemente exógena y una concepción del delito como un fenómeno de inadaptación social.

Sigamos a Jiménez de Asúa, quien, en segundo lugar, afirma que el psicoanálisis ayuda a entender la causalidad del delito usando como utensilios los complejos descubiertos por Freud: el complejo de Edipo, como un elemento importante en la generación de la culpa inconsciente, y el complejo de castración. Señala también Jiménez de Asúa lo escrito por Freud en "Tótem y tabú" y en "Moisés y la religión

monoteísta”, es decir, que el parricidio y el incesto son los crímenes primitivos de la humanidad.

El tercer aporte que el psicoanálisis realiza para entender la naturaleza del delito, que el autor que venimos siguiendo enumera, se refiere a la culpa inconsciente y al deseo de castigo. Para que podamos entender esa valiosa contribución, comienza citando el artículo freudiano de 1916 “Los delincuentes por sentimiento de culpabilidad”. Es una cita sumamente esclarecedora que nosotros repetiremos. Freud escribe: “Por muy paradójico que parezca he de afirmar que el sentimiento de culpabilidad existía antes del delito y no procedía de él, siendo, por el contrario, el delito el que procedía del sentimiento de culpabilidad”. Esta preexistencia de la culpa tiene su origen en el Edipo y hace que el delincuente en vez de tener temor a la pena la desee. Esta posición radicalmente subversiva en la forma de concebir al delincuente no ha dejado de tener consecuencias en la teorización del castigo.

Todo esto se puede entender con un fenómeno marginal muy explotado por el cine: los inocentes que se declaran culpables de un delito que no han cometido. Tales casos ponen en evidencia el deseo de castigo por el cual se cometen muchos actos delictivos, y también explica cómo los delincuentes suelen dejar en forma inconsciente pistas para ser descubiertos. También ayuda a entender el por qué muchas veces el acto delictivo es percibido como una liberación, puesto que hace que el sentimiento de culpa inconsciente se apoye en algo efectivo y actual. Esta culpa inconsciente, de la que venimos hablando y que motiva el delito, permite aclarar lo que muchos delincuentes confiesan: que al cometer el delito sentían una mezcla de angustia y gozo, y luego una compulsión a repetir lo delictivo que traza de este modo un destino de reincidente.

En el libro de Jiménez de Asúa hay muchas cosas más que no podemos comentar por falta de tiempo: su posición sobre la pena y el castigo son acordes con su concepción psicoanalítica de la delincuencia; del mismo modo, sus clasificaciones de los delincuentes y sus posibilidades para un tratamiento psicoanalítico, además de consideraciones jurídicas. Destaquemos los tres puntos subrayados por el autor como esclarecimientos que el psicoanálisis aporta para entender el fenómeno de la delincuencia: a) La importancia del superyó, que, al revés de lo que se piensa habitualmente, en los delincuentes aparece como extremadamente fuerte, un imperativo difícil de eludir, todo lo contrario a un superyó débil. b) La importancia que tienen el complejo de Edipo y el complejo de castración en el análisis del delincuente,

en el bien entendido que lo importante es la posición que cada sujeto ocupa en los complejos y que marca la particularidad de cada cual. c) La culpa inconsciente como motor del delito.

Es sumamente importante aclarar que estas aportaciones que el psicoanálisis realiza para el esclarecimiento de las conductas delictivas, del delincuente y del delito no son una explicación totalizante, no dan cuenta de todos los aspectos del fenómeno que estamos trabajando, que, como ya dije antes, pueden y deben ser leídos desde otros puntos de vista.

LOS DELINCUENTES POR SENTIMIENTO DE CULPABILIDAD.

Todo lo dicho por Jiménez de Asúa puede ser corroborado en los textos freudianos, especialmente en uno muy breve que lleva por título -ya lo citamos- “Los delincuentes por sentimiento de culpabilidad”. Sin embargo, deja algo importante sin mencionar y que ya mencionamos cuando hablamos del delito. Comentemos este breve texto para que salga a luz todo lo que allí se puede leer.

Este pequeño pero importante texto para el tema que estamos abordando es el apartado tres de un artículo cuyo título general es “Varios tipos de carácter descubiertos en la labor analítica”. Ya el título nos ofrece posibilidades de comentarios, puesto que es bastante raro que Freud use el término “carácter”. ¿A qué nos remite este término?. Sabemos que Wilhelm Reich lo tomó como propio y lo utilizó mientras era docente del Instituto de Berlín como “una coraza”: “El carácter es la coraza defensiva del sujeto, coraza que muestra la característica de una cronicidad difícilmente cambiable. Es una coraza que perpetúa una forma de ser”. Creo que es más fácil definir el carácter por la constancia en la repetición, por una repetición constante e invariable. Desde esta perspectiva, y bajo transferencia, agrupa tres tipos por el carácter: 1) Aquellos que se sienten una excepción, seres excepcionales con derecho a la obtención de privilegios sobre los demás; 2) Los que fracasan al triunfar; y 3) El delincuente por sentimiento de culpabilidad.

Conviene aclarar que la palabra “tipos” designa un número, con lo que quiero recalcar que se pueden encontrar en varios sujetos las mismas características, o el mismo carácter. El pequeño gran artículo comienza afirmando que personas con una moral sana y sumamente honradas, antes de la pubertad habían cometido pequeños actos delictivos, como hurtos, a los que el propio Freud no les dio importancia. Pero al

descubrir en sus propios enfermos que habían cometido este tipo de actos, comenzó a estudiarlos y descubrió que esos actos habían sido cometidos por estar prohibidos.

Esto es lo que no ve Jiménez de Asúa. Lo prohibido es lo que hace del delito algo diferente, es lo que produce una fuerza de atracción mágica que lleva a la reincidencia. La ejecución de este acto prohibido producía en quien lo realizaba un alivio psíquico. Esto ya fue comentado por Jiménez de Asúa cuando afirmó que la culpa inconsciente se adhería a una falta concreta. También, ya lo dije, este sentimiento de culpabilidad tiene su origen en el complejo de Edipo, siendo una reacción a las dos grandes intenciones homicidas: matar al padre y gozar de la madre. Doy por supuesto que ustedes conocen, por lo menos a grandes rasgos, la función del complejo de Edipo en la subjetividad humana. Afirmando esto por dicho de la manera que lo enuncié parece un cuento infantil, pero ese parecido nos acerca por ese camino al origen de los cuentos infantiles, esos cuentos que los niños piden que se les cuente repetidamente.

Pero sigamos con “Los delincuentes por sentimiento de culpabilidad”, ese pequeño gran trabajo de Freud. El segundo comentario que es posible realizar sobre el artículo es la argumentación de la búsqueda del castigo. Nos dice que algunos niños se portan mal buscando el castigo para mitigar la culpa, y afirma que este mecanismo está presente en los delincuentes. Sin embargo, esta generalización no es completa, pues también aclara que hay delincuentes que no tienen este mecanismo; concretamente, aquellos que no han desarrollado inhibiciones morales, o aquellos otros que se justifican en diversos ideales para justificar sus actos delictivos.

DESPUÉS DE FREUD.

Los aportes freudianos al tema que nos ocupa, el de la delincuencia, el delincuente y el delito, confluyen sobre el concepto de castigo, sobre la noción de pena, que dejaría de ser una venganza socialmente aceptada para transformarse en responsabilidad. Por todo esto, podemos afirmar que Freud no ha sido superado. De otra manera: es fácil escuchar que la doctrina psicoanalítica está superada, que no conviene a la modernidad, que está pasada de moda.

Ante esa afirmación podemos sostener que los grandes pensadores no se superan. No se supera a Platón, ni se supera a Marx, lo que sí es justo afirmar es que se los lee y se los relee, y que dentro de esas relecturas aparecen algunas que aportan un nuevo esclarecimiento. Una relectura importante de los aportes freudianos es la

realizada por Lacan, y específicamente sobre el tema que nos ocupa, un escrito de 1950 que lleva por título: "Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología".

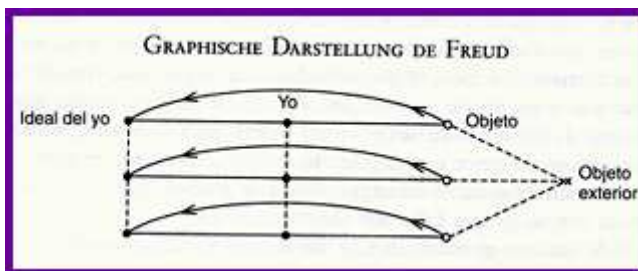
Comentemos lo más importante de ese escrito: en primer lugar, afirma que el estudio del delito no puede realizarse sin tener en cuenta la sociología, puesto que la ley y el delito van inseparablemente unidos, y no en cualquier orden. Con esta última afirmación recuerdo la concepción de pecado en Pablo. Éste, en la "Epístola a los Romanos", afirma que la ley hace al pecado, que sin ley no habría pecadores. El problema se traslada a la necesidad de la ley, ya que se ha comprobado científicamente que no hay ningún tipo de sociedad que no tenga su ley, ya sea ésta escrita o inscrita en la tradición, ya sea de costumbre o de derecho.

La dialéctica que marca lo necesario de la ley está descrita por Freud en "El malestar en la cultura". En ese texto, Freud nos dice que la única posibilidad de que la especie humana pueda vivir en colectividad es la represión de la pulsión; o dicho de otra manera, la vida en comunidad sería imposible si la pulsión de cada cual quedara abierta a su satisfacción, simplemente nos exterminaríamos. La situación mundial actual tiene algo de eso, por eso es necesaria la ley, para poder reprimir la pulsión y así tener una convivencia menos conflictiva. La paradoja de esta situación es que la represión es fuente de neurosis, con lo que se muestra que la condición humana es por naturaleza conflictiva.

Por otro lado, toda sociedad muestra las relaciones entre el delito y la ley por medio del castigo, por medio de la pena que necesita el asentimiento subjetivo del delincuente, cualquiera sea la forma que ésta adopte.

No vamos a volver sobre las incidencias del superyó sobre la delincuencia, pero es necesario aclarar que esta instancia psíquica tiene dos caras: una normativizante, que colabora con el asentimiento subjetivo de la ley por medio de la introyección de las figuras parentales, y otra cara feroz, donde el imperativo hace estragos en permanente conexión con la compulsión de repetición y, por lo tanto, con lo que Freud llamó la pulsión de muerte, que traza el destino de reincidente de los delincuentes.

Esquema al que
nos remite Lacan al
final de su lección
X del Seminario 4



EL SACRIFICIO DEL SUICIDA HOMICIDA

ARTÍCULO PUBLICADO EN LA REVISTA “FREUDIANA” Nº 17 EN 1996

I.

Lunes 26 de febrero de 1996. Los diarios anuncian un nuevo atentado en Israel y se dedican a toda suerte de análisis políticos que varían de acuerdo con su tendencia ideológica, pero lo que no pasa desapercibido para ninguno es la forma particular de la acción: los autores de estos atentados se autoinmolan, se sacrifican, convirtiéndose en verdaderas bombas humanas que causan terror y estrago.

Terror porque el sacrificio de la vida se transforma en un arma imparabile, tan difícil de desactivar que produce entre sus efectos la locura colectiva, como viene a mostrarlo el episodio escuchado en el telediario sobre un conductor asesinado por la policía al ser confundido con un terrorista.

Estrago porque la potencia de la muerte produce el máximo de muertes, ya que la vida que porta la muerte elige el momento y el lugar propicios para segar el mayor número de vidas. Por ejemplo, caminando por las calles cotidianas, probablemente sereno, con la sonrisa puesta y la excitación silenciosa de quien ha elegido el día y la hora de su propia muerte, probablemente un adolescente con visitas frecuentes a la Mezquita. Quizás, ¿cómo saberlo?, recitando el primer “sura” del “Corán”, ese sura que es el sura que completa a todos los demás y que también se llama madre del Corán, madre del libro.

Pero si el paisaje queda nítido en las fotos de los diarios, esa nitidez es un velo para tapar lo incomprensible, que se intenta comprender, por el uso de algunas palabras: fanático, kamikaze,... palabras que presentan el sacrificio como ya explicado. Y en esta pretendida explicación del sacrificio la verdad de una ficción tiende a desvelarse,

esa ficción que habla de que, por dar sentido a lo que no tiene sentido, se puede llegar hasta el suicidio como homenaje buscando encontrar en el Otro un signo de amor.

II.

Han pasado más de setenta años desde que Freud publicara en 1921 “Psicología de las masas y análisis del yo” y también han pasado más de setenta años desde su primera traducción al castellano, realizada por López Ballesteros, en 1924.

Por eso, porque ya entonces situó Freud con una precisión indiscutible el fenómeno de las masas -con un tinte profético que no es el menor de sus méritos- y trazó las variantes de su combinatoria, sorprende el desconocimiento que sigue existiendo de este texto en medios analíticos y en medios que no lo son, y sorprende sobre todo que estos temas freudianos no hayan sido objeto de divulgación como aquellos otros que van desde el Edipo a la represión.

Esta falta de eco de un texto tan fundamental bien puede ser entendida por su agudeza, cualidad que se entronca con un soberbio rigor lógico, trenzado en los entramados del escrito, que nos ofrece la sencillez de una verdad cuya ficción despierta al lector, al modo de una pesadilla, para mostrarle el lado oscuro de la vida humana. Sobre el eco de esa verdad, la represión se anuda en un no querer saber, no querer saber que retorna en signos capacitados para impedir su conocimiento, pero que expanden su onda entre los cadáveres mutilados de un autobús urbano.

Volvamos pues una vez más a ese texto sobre las masas con el ánimo de recrear su lectura, pero sobre todo de indagar su lógica, profundizando en uno de sus capítulos clave: el VIII, titulado “Enamoramiento e hipnosis”.

Parte Freud de un axioma fundamental: “el enamoramiento no es más que una investidura de objeto de parte de las pulsiones sexuales con el fin de alcanzar la satisfacción sexual directa”. De este axioma deduce una primera conclusión: Los sentimientos tiernos hacia las personas amadas son determinados por pulsiones “de meta inhibida”, transformación de la meta pulsional operada por la represión y que en rigor no modifica la pulsión en el inconsciente, donde persiste su fuerza.

En esta primera conclusión se dibuja una paradoja en relación a la satisfacción pulsional, ya que la inhibición de la meta, del fin pulsional, no impide su satisfacción. Dejemos flotando por el momento la paradoja.

Tensemos ahora la cuerda por el otro extremo donde está el objeto del enamoramiento, allí donde Freud coloca un dato de la observación común: la sobrestimación sexual del objeto, es decir, el falso juicio sobre sus cualidades que denomina "idealización".

Esta idealización está explicada de la siguiente manera: el objeto es tratado como el yo, por lo cual se carga con libido narcisista. A lo que cabe agregar que a mayor enamoramiento mayor sobrestimación del objeto amado, de modo que, sostenido el sujeto en esta espiral del amor, renuncia a su satisfacción directa y sufre el consiguiente incremento de la idealización. Así la idealización puede acabar en algunos casos en el autosacrificio del yo enamorado, como ocurre en ciertos amores adolescentes, y puede llevar en otros, puesto que no existe la menor crítica sobre el objeto del amor, como nos dice Freud, a que la conciencia moral deje de funcionar. Es esta ceguera del amor la que puede convertir a cualquiera en un criminal sin remordimientos. Un amor extremo que es consecuencia de que el objeto ha ocupado el lugar del ideal del yo.

A partir de lo anterior, el texto está listo para separar dos conceptos: el enamoramiento de la identificación. El enamoramiento consiste en un empobrecimiento del yo, el yo se ha entregado al objeto, más aún, el objeto se ha mantenido y está sobreinvertido de libido narcisista emanada del yo. En la identificación, por el contrario, el yo se ha enriquecido con las propiedades del objeto, o mejor aún, el objeto se ha perdido y después de la pérdida es vuelto a erigir en el interior del yo, con lo que éste se altera según el modelo del objeto perdido.

Con estas herramientas, y luego del estudio de la hipnosis, Freud va a definir a las masas humanas arrastradas por un líder, por un "führer", de la siguiente manera: "Una masa es una multitud de individuos que han puesto un objeto, uno y el mismo, en el lugar de su ideal del yo, a consecuencia de lo cual se han identificado entre sí en su yo". Los elementos de la composición lógica de la masa quedan, de esta manera, definidos. Sin embargo, falta todavía el entramado causal y Freud lo desarrolla en el apartado siguiente.

La causalidad la toma donde la encuentra, y es en el registro de los celos donde viene a recalar, ya que si uno no es uno en el amor de los padres, los celos devienen identificación, formación reactiva cuya principal exigencia es la justicia, es decir, un trato igual para todos. En la expansión de sus ondas, la búsqueda de este trato igual

para todos es la que determinará el fundamento de la justicia social: que uno ha de prohibirse muchas cosas para que todos renuncien a ellas.

La primitiva hostilidad entre los miembros del grupo humano, deviene ligazón por medio de la identificación. De ahí, la tendencia cuasi natural del líder a uniformar a los integrantes de su grupo para reforzar esta identificación inter pares que solidifica el amor al conductor. Y los ejemplos podrían extraerse de muy diversos lados, desde las sectas, que en algunos casos llegan al suicidio colectivo, hasta las iglesias y los ejércitos, en los cuales lo real del uniforme muestra la unidad identificatoria del grupo.

El ser humano es un animal de hordas, si seguimos a Freud, quien retoma en esta "Psicología de las masas" su mito del padre primordial: el que cumple las funciones de líder porque su principal característica es la de no amar a nadie, fuera de sí mismo, y amar a los otros sólo en la medida en que sirven a sus necesidades. Estas son las cualidades que hacen posible colocar al "conductor", al "führer", en el ideal del yo de las masas, ya sean éstas espontáneas o institucionalizadas.

Difícil sabiduría la freudiana, puesto que de lo anterior deduce que la masa, que la condición humana, anhela ser gobernada por quien pueda encarnar un poder estricto, es decir, que tiene ansia de extrema autoridad.

Cincuenta y cinco años después, este texto tiene una vibrante resonancia al comentar Lacan en el Seminario 4 el esquema freudiano de las masas y mostrarnos eso en lo que nadie se había fijado por estar a la luz del día, como la carta robada, eso que todos habían visto pero nadie había señalado: el cuidado freudiano de vincular los tres objetos del yo con un objeto exterior que se encuentra detrás de ellos.

Esta resonancia abre una pregunta que pasa desapercibida en el texto freudiano y que podemos formular de esta manera: ¿por qué los sujetos comulgan con un mismo ideal?. Y es en este objeto exterior donde encontramos la respuesta.

Para aclarar esta pregunta es necesario retomar la paradoja de la satisfacción pulsional de meta inhibida. No recorreremos todos sus meandros, pero sí señalaremos su diferencia por el lado del objeto. Para el amor su objeto es narcisista, para la pulsión su objeto es un lábil objeto de goce. Con esta diferencia, recordemos que la fórmula que da Freud para la hipnosis es la misma que produce la fascinación uniforme de las masas y que determina la sugestionabilidad del sujeto.

Sigamos el esquema freudiano: el objeto del yo que es el objeto del amor, recubre al objeto de goce, es decir, al objeto pulsional que a través de las curvas se une al ideal del yo. En otras palabras, a la pregunta de ¿por qué los sujetos comulgan con un mismo ideal?, debemos responder: “porque el ideal es soporte de un mismo goce para todos, de una misma forma de gozar”. Esto se entiende rápidamente si vemos que la televisión, ese moderno objeto de las ciencias que alcanza cotas de divinidad doméstica, regula el goce desde el imperativo “¡Goza de mí, mírame!”, cuya consecuencia es un goce uniforme para todos los sujetos.

III.

Es necesario recordar que para Freud la religión es comparable en un todo a la neurosis obsesiva, y también vale la pena recordar que si las histéricas le mostraron el amor al padre, los obsesivos le enseñaron el deseo de muerte al padre y sus ligaduras con la ley, lo que le condujo a crear el padre de la horda primitiva en el mito de “Tótem y tabú”.

Ahora, siguiendo aquellos desarrollos, podemos decir que en las diferentes religiones monoteístas el ideal se encarna en un significante amo del goce que distribuye la masa religiosa en un adentro y un afuera. Pero no en todas de la misma manera. Por ejemplo, el Islam se basa en un dogma esencial, “tawhid”, la unicidad de Dios que hace posible la guerra contra la doctrina cristiana de la Santísima Trinidad.

Modalidades del uno que hacen a la diferencia de la composición de su enjambre. Modalidades del uno que, encarnado en la lengua, “queda indeciso entre el fonema, la palabra, la frase y ahora el pensamiento todo”, pero que no borran el límite geométrico entre el afuera y el adentro.

Esta posición generalmente se realiza por la distribución determinada por un par de significantes, fieles-infieles, que llevan implícitos una diferencia radical, ya que lo que no pertenece al conjunto es colocado en el rango del enemigo, del extranjero, de lo extraño con un goce distinto que lo hace tan intolerable que incluso justifica el desencadenar las guerras de religiones como, por ejemplo, la guerra santa contra los infieles -la “yihad”- considerada un deber para los chiítas.

Diferencial del goce que toma como punto de partida el ideal y su coalescencia con el objeto gozante sostenido en la letra de los libros sagrados, en la letra de Dios, como lo atestigua el Corán, que quiere decir lectura, la lectura de la letra de Dios que determina la modalidad en que se encarna este ideal.

Tomemos como ejemplo de esto último la representación permitida del Dios católico y la prohibición coránica de representar la divinidad. Está claro que esta diferencia modula distintas formas artísticas seguidas a lo largo de los siglos. Pero si continuamos esta vía abierta por el arte llegaremos al callejón sin salida de la sublimación, así que, como es sabido que la única salida para un callejón sin salida es la entrada, volvamos de nuevo hacia ella y planteemos la religión como neurosis.

La neurosis como condición de la vida humana puesto que en ella se juega la represión, diferenciada en principio de la represión primaria, ya que Freud, con esa penetración sigilosa que logra horadar las oposiciones más radicales, nos escribe en "El malestar en la cultura" que la represión de la pulsión es la condición de vida de las masas. Sólo que, al mismo tiempo, esta represión aumenta la potencia del goce que ignorado se expande en ondas concéntricas, ondas que van desde el sacrificio hasta el infierno, y que también pasan por el goce del sentido, goce imaginario dado por el amor al padre, marcado por la paradójica aseveración freudiana de que la primera identificación es al padre por amor.

En este sentido, aunque Freud es ateo, nos reenvía al temor a Dios al plantearnos: ¿qué mayor angustia para el creyente que la de no ser amado por Dios?. Es en esta angustia donde el creyente se confunde y entiende el goce del Otro como signo de amor. ¿Qué mejor ejemplo de esto que el Presidente Schreber cuando las voces de Dios se alejan de él cada vez más?.

IV.

El infierno, ese fantasma de los que no han sido buenos en el amor al padre, en el amor del ideal, en el cumplir las órdenes del significativo amo, al mismo tiempo sirve de soporte -como afirma Lacan en el Seminario 22, RSI- para el deseo del hombre, puesto que es lo que falta y a lo que el hombre aspira.

El infierno musulmán tiene diversas denominaciones: "Sagar" -el horno-, "sair" -el fuego llameante- y, como su nombre lo indica, el principal tormento que promete es el fuego en las más diversas construcciones imaginarias: llevarán vestimentas de fuego, serán encerrados en ataúdes calentados al rojo blanco, habrá dragones que les hundirán uñas de fuego en los ojos... ¿Para qué seguir?. Es evidente que lo que interesa es mostrar el cuerpo torturado por el fuego como extensión del goce fantasmático del castigo del infiel, pecador sin salvación posible que automáticamente

irá al infierno sin posibilidad de apelación en el juicio final, momento en el cual los justos serán conducidos a la puerta del cielo.

Las descripciones musulmanas del infierno son la contrapartida del cielo que se abre a los mártires de la guerra santa -la "yihad"-, mártires en aras del goce del ser supremo, donde el acento recae sobre el ser sostenido en el amor.

Es decir, que el significante amo dirige el amor al ser de goce y, al amar a Dios, nos amamos a nosotros mismos y, al amarnos a nosotros mismos, se rinde homenaje al ser supremo. Es por eso que el primer mandamiento consiste en "Amar a Dios sobre todas las cosas", amarlo hasta el sacrificio para no caer en la tentación del infierno. Y, como no hay amor sin odio, el amor a Dios une a los hombres fraternalmente, es decir, que las pasiones del ser establecen una fraternidad cuya característica es estar separado de los otros pero juntos en la "fratía", separados del resto por el odio. De otra manera, no hay fraternidad sin segregación, y esta fraternidad de los creyentes se solidifica en los rituales y en las ceremonias.

Pero quien se autoinmola en nombre de Dios da un paso más, puesto que su acto se significa como una excepción entre el conjunto de los iguales y esta excepcionalidad es la marca que deja a su familia. Así, fue posible ver en la televisión una madre orgullosa por el martirio de su hijo, más que orgullosa, puesto que rezó para que su hijo fuera un mártir. Y aquí hay que escribir lo obvio: el goce de la madre no deja indiferente al hijo.

Esta forma de entender la autoinmolación, cuyas coordenadas son el amor al padre y el sacrificio como un goce para ser digno del amor, no agota todas las constelaciones posibles que el psicoanálisis puede realizar sobre Dios, que bien pueden llegar a ser inconscientes, pero al mismo tiempo marcan un recorrido que tiende a levantar el velo sobre el acto.

Hay formaciones religiosas que, sin duda, facilitan este camino, y aquí podríamos realizar un estudio que nos mostrara el mínimo común denominador entre el suicidio del musulmán y los kamikazes japoneses de la segunda guerra mundial. Pero tampoco es imprescindible, ya que esta forma de autoinmolación, este acto por el cual un joven adolescente deviene mártir al asesinar a otros, se inscribe en la actualidad en unas coordenadas precisas: las trazadas por el movimiento chiíta.

V.

Las vicisitudes de la causalidad, antes de precipitarse en el llamado a la autoinmolación homicida, forjan distintas máscaras que son la letra de la palabra de Dios recitada por su profeta. En estas letras, ya fue escrito, está el primer dogma, el primer atributo del Dios islámico, atributo que es el de su unicidad.

Llega por esta vía lo absoluto como un predicado derivado del primero: Dios hace lo que quiere, “No se preguntará por lo que Él hace, pero ellos serán interrogados”. Es pues, también, un Dios arbitrario, puesto que el hombre no puede pedirle razón de sus actos.

Y no es sorpresa encontrarnos con un Dios legislador cuya ley debe ser tomada al pie de la letra y que, en el fondo, cierra su legislación con la ley del “hisba”, es decir, una figura jurídica islámica para proteger el buen orden, “islah”, y poder denunciar lo corrupto. Esto ha sido aprovechado por los fundamentalistas egipcios para denunciar a “Yusra”, una de las principales actrices egipcias que según ellos ha quebrantado la moral coránica.

La fe en un Dios absoluto tiene como consecuencia que la ley islámica, “charia”, se presenta como un conjunto de los mandamientos que debe observar el musulmán. Rodeado por la charia, cuyo fundamento religioso -“usul”- es obvio, la ley islámica y el derecho musulmán son inseparables. Es decir, lo sagrado y lo normativo se hallan fusionados.

Algo distinto aparece en el derecho romano, donde el “fas”, que es el conjunto de preceptos que reglamentan las relaciones entre los dioses y los hombres, se separa radicalmente del “jus”, que es el derecho que regula las relaciones entre los hombres. Esta separación es la que ha hecho posible la creación del derecho civil y también del derecho penal.

Pero para que el pueblo musulmán llegara a percibir las consecuencias de la identidad de su Dios fue necesario un mundo de escisiones, y una de las principales fue la división entre “jariyismo” y “chiísmo” que se produjo alrededor del año 700.

Algunos rasgos propios de los chiítas están en relación con su origen hacia el año 656, cuando Alí -primo y yerno de Mahoma- fue nombrado califa y las luchas intestinas culminaron con su asesinato. Desde entonces, Alí pasó a convertirse en el símbolo de los oprimidos y marcó al chiísmo con el rasgo del sufrimiento, de la pasión, llevándole

a incorporar el martirio con un fervor religioso que es desconocido en el resto del Islam.

La densidad de este rasgo se agrava por la significación que el “imán” tiene para el chiísmo, donde -al revés del “sufismo”- es considerado como el depositario e intérprete privilegiado de la palabra de Dios, quien le ha transmitido el don del conocimiento perfecto. Por tanto, el imán chiíta se cree el único apto para enseñar y desvelar la palabra divina, concentración del poder sagrado y humano.

Llama la atención la escasa impronta del chiísmo entre los palestinos, cuya mayoría pertenece a la rama “suni”. No obstante, el chiísmo se expande a la manera de una epidemia desde “Hezbollah”, partido de Dios de los chiítas libaneses cuyos “muyahid” iniciaron los ataques suicidas contra los cuarteles americanos y franceses de Beirut en 1983. Y esta epidemia entre los palestinos tiene un nombre: “Hamás”, que puede ser traducido por “esperanza”.

Freud, en su “Psicología de las masas”, se pregunta por qué algunos individuos son más proclives que otros a formar parte de una masa, y la respuesta que encuentra es que en muchos sujetos el yo y el ideal del yo no se separa lo suficiente, lo que da lugar a que el yo conserve su antigua vanidad narcisista.

Podemos desplazar ligeramente el argumento y plantear que el universo simbólico chiíta condiciona el camino del martirio homicida por los rasgos que lo particularizan en el mundo musulmán.

VI.

“En nombre de Dios clemente y misericordioso”. Esta invocación, con una sola excepción, se lee en todas las suras del Corán. Logrado por Dios ese inmenso espacio simbólico donde se mueven sus nombres, podemos entender que “en nombre de Dios” se transmita su palabra, palabra que es su nombre en primer lugar y cuya consecuencia es la revelación de Dios como nominador.

“En nombre de Dios” cumple la función simbólica, teorizada por Freud en “Tótem y tabú”, con la figura del padre asesinado que presupone la instalación de una ley, de una prohibición. Esta función del padre simbólico será formalizada por Lacan con la metáfora paterna en la primera parte de su enseñanza.

Vaciada la metáfora de significaciones, podemos constatar que lo especial de dicha metáfora radica en su inscripción como necesaria, puesto que arribar a la conclusión

de que el Otro es un agujero, o que el Otro no existe, sólo es posible por intermedio de lo simbólico. Lo que bien entendido quiere decir, entre otras cosas, que el psicoanálisis y la mística no se entienden.

En el nombre de Dios, en nombre del Otro divino, es una de las soluciones que los hombres han encontrado para colocar un remiendo al agujero del Otro. Remiendo elegante y poderoso, cuya potencia es debida a la sencillez de la fórmula en su ajuste a la estructura. Y es que las religiones son una poderosa máquina de producir sentido, como lo dice Lacan en la Conferencia realizada en Roma el 29 de mayo de 1974. Llevado por sus palabras, afirma que la Iglesia da sentido a lo que antes era natural.

No obstante, la agudeza simple de la solución indicada no impide que el retorno a Dios tome la máscara infernal del superyó con su imperativo: "¡Goza!". Y este goce superyóico va de la mano del ideal -contraparte del padre imaginario, del padre idealizado sostenido por el amor del hijo, según la versión freudiana- que hace posible la primera identificación.

No es el amor que permite al goce condescender al deseo, más bien es un amor gozante, cuyo goce crístico evita llegar al padre real -o a lo real del padre- efecto del lenguaje y operador estructural, según el Lacan del Seminario 17. Recordemos que la virtud de este padre real es marcar el poder de los imposibles con una implicación directa: la prohibición del goce. Una vuelta más sobre lo dicho para dejar claro que esta operación coloca el goce fálico fuera del cuerpo, y el goce Otro fuera del lenguaje.

Es aquí donde puede ubicarse el suicida homicida -no importa su biografía, que seguramente aportaría datos en lo particular-, basta con haberlo encontrado en el mundo simbólico chiíta para que pueda ubicarse en el goce del Otro fuera del sentido, incluso quedando fuera del sin sentido de la cadena significante. Su colusión con el (a) nos devuelve al esquema freudiano de las masas.

En la Conferencia de prensa antes citada, Lacan afirmaba que los desarreglos producidos por la Ciencia serán tapados por el sentido dado por la Iglesia. La operación de introducir el goce del sentido en lo real es una operación de escamoteo, de tratar de hacer posible lo imposible.

Se entiende de esta manera que el amor al padre conduce a lo peor por el camino del bien, puesto que lo religioso, el querer el bien, es una sustracción al deseo, rasgo de lo religioso y punto de identidad, de identificación que hace vínculo social, y que en determinadas religiones facilita el camino al sacrificio.

Esto que hace vínculo social, si seguimos al RSI, es la identificación a lo imaginario del Otro real, es decir, la identificación histérica al deseo del Otro. Esta identificación es lo que hace posible el vínculo social, vínculo que bien puede tomar la forma de una epidemia. Entre la letra oscura que vehiculiza este deseo encontramos anudado el símbolo del Otro real, identificación al rasgo que soporta el ideal, lo real del Otro real: es en la identificación al Nombre del Padre donde encontramos el amor.

Y es el conjunto de estas identificaciones lo que da su potencia maldita al suicida homicida, pero subrayando que es la identificación al Nombre del Padre, a lo real del Otro real, lo que al ir al lugar del agujero del Otro suelda el devenir mortífero del joven chiíta, logrando introducir sentido a lo real... por medio del amor.



“(...) ¿por qué pensar que la televisión basura es peor que la basura anterior?, ¿en qué criterios se basa tal juicio?”.



LA TELEVISIÓN BASURA

ARTÍCULO REDACTADO EN SEPTIEMBRE DE 2003

En los distintos mentideros, más o menos intelectuales, se habla de la novedad televisiva: los programas basura. Los programas con este nuevo formato, con esta aparentemente nueva forma de hacer en las distintas televisiones, se imponen por sus altos índices de audiencia, lo que induce a la siguiente pregunta: ¿Qué hace que sean vistos por tanta gente?.

No hay ninguna duda que el solo hecho de llamarlos “basura” connota una significación crítica y despectiva sobre esta nueva fórmula televisiva. Pero al mismo tiempo denota que esta nueva manera de hacer televisiva es peor que las anteriores, más alienante, más zafia, más degradante, en definitiva: peor que aquella a la que ya nos tenían acostumbrados las televisiones del mundo entero.

En España, programas como “Tómbola”, “Gran Hermano”, “Hotel Glamour” serían los paradigmas de esta nueva degradación televisiva que, a su vez, han generado una nueva generación de presentadores que “comunican” mejor con las nuevas audiencias.

El nuevo tipo de telespectador, que necesariamente no es joven por edad, tiene un lenguaje más trasgresor y cutre, unas costumbres que aparentemente son subversivas, una visión del sexo que habitualmente ronda lo pornográfico y que termina siendo lastimoso, y diversos modos de entender la vida que difieren, en lo aparente, del público que veía la televisión hace diez años.

Por otra parte, el paradigma del nuevo “presentador” es Jesús Vázquez. Su condición de homosexual descarado, de moderno sin vergüenza, con su lenguaje ágil y al día, con un cuerpo al gusto del público del 2003, lo colocan como líder de audiencias, brillando en el firmamento televisivo como una estrella de primera magnitud.

Como contrapartida de estos programas podemos colocar “Caiga quien caiga”, cuyo humor ácido y corrosivo lo llevó a ser víctima de la censura por el simple hecho de molestar a los mandones de turno.

Distintas trayectorias prueban que los programas basura no sólo no molestan al poder, por más safios, indecorosos y cutres que sean sus estilos, sino que incluso consolidan los valores establecidos que sostienen el entramado social del siglo XXI.

Programas como “Gran Hermano” consolidan los valores establecidos porque hacen de la civilización una gran maquinaria donde los más astutos son los vencedores, donde todo vale para ganar, y todo esto sobre una doble moral que muestra al amor en su vertiente más lacrimosa. Lo que demuestra, de paso, que estas nuevas formas morales que están en nuestra civilización contemporánea son las viejas modalidades con nuevos disfraces.

Todo lo cual nos interroga de distinta manera: ¿por qué pensar que la televisión basura es peor que la basura anterior?, ¿en qué criterios se basa tal juicio?. Y estas preguntas nos obligan a indagar sobre la función de la televisión en nuestra civilización.

LA FUNCIÓN DE LA TELEVISIÓN.

La aparición de la televisión cambia los hábitos de vida de los habitantes de este planeta hasta tal punto que puede decirse que, históricamente, el siglo XX está dividido en dos: un antes de la televisión y un después. Algo similar a lo que está pasando ahora con Internet.

La posibilidad de influir sobre audiencias millonarias, el poder operar con las noticias en tiempo real, la distracción que produce sobre millones de telespectadores, su inmensa capacidad de venta, los enormes beneficios económicos que la propaganda trae consigo, y una multitud de factores que harían de ésta una lista interminable, hacen de la televisión una inmensa fuente de poder. Quien tiene el poder televisivo tiene el enorme poder de influenciar en los más distintos ámbitos de la vida, desde las marcas de calzoncillos y bragas que más se usan hasta la promoción de personajes que se tornan famosos de la noche a la mañana, como hemos visto de forma impresionante con “Operación triunfo”.

Es lógico, pues, que este inmenso poder desatara desde su origen una fuerte polémica: ¿televisión pública o privada?, polémica que se saldó de acuerdo al régimen

político imperante en cada país. No es lo mismo la televisión americana que la televisión rusa, ni la española que la china. Sin embargo, ya sea pública o privada, lo que está presente es el usufructo que hacen de ella distintos grupos de poder. Usufructo que los técnicos de la televisión conocen hasta en sus más mínimos detalles. Por ejemplo, los discursos de los políticos durante los mítines cambian en cuanto les avisan que están en el aire en un telediario cualquiera. Miles de detalles que para el grueso de los televidentes pasan desapercibidos, entrelazan los formatos de anuncios y noticias para forzar determinadas tendencias.

Todo lo anterior responde al análisis del inmenso poder de la televisión, pero no habla de dónde surge ese poder. Sabemos que el número de ventas de los aparatos de televisión aumenta sin cesar, que cada vez se ve más y más televisión, que las nuevas tecnologías construyen aparatos cada vez más sofisticados, pantallas planas de distintos líquidos, televisión por cable, aumento incesante del número de canales y un largo etcétera, muestran que la audiencia televisiva sigue creciendo. Se da incluso la extraña paradoja de que chabolas miserables, fabelas donde se pasa hambre, están superpobladas de antenas de televisión que han cambiado el horizonte del mundo.

Aquellos que piensan que la televisión basura es más basura que la televisión anterior sostienen invariablemente que ésta es un medio para engañar a la gente, para hacerla más tonta, más alienada, que es algo así como el opio de los pueblos, que es un instrumento de dominación ideológica sobre el corazón sensible de la masa humana. De esta manera, pueden afirmar que la televisión basura es el camino que lleva a una esclavitud forzada en cuerpo y alma sobre las colectividades humanas.

Pero el argumento anterior se sostiene en la creencia de que la gente quiere ser libre, quiere tener libertad de información, libertad de opinión, y que, de tan buenos que son, vienen los malos y los engañan con una televisión basura. Lo que no toma en cuenta esta forma de pensar el problema es que el amo absoluto de la televisión es el índice de audiencia, que es a su vez la marca de todos los beneficios que cada grupo televisivo produce. Estos beneficios económicos son los que mandan en la televisión, como en cualquier empresa capitalista, y son los que determinan qué tipo de programas ocupan las horas punta.

En otras palabras, las cadenas de televisión venden lo que el público quiere comprar, y lo que el público quiere de las televisiones es basura y mientras más basura mejor. Lamento si con esta afirmación lastimo el corazón de alguna alma bella, pero esta

inversión de las causalidades, es decir, el colocar en el lugar de la causa la pasión de ignorancia de la especie humana, desmitifica el uso de la televisión y puede, desde aquí, abrir una vía para su mejor instrumentalización.

Pero, que no se entienda mal, no se trata de una actitud despreciativa para con el conjunto de la especie humana, se trata de calibrar la función televisiva para poder interrogarla de una manera desprejuiciada. Sigamos el razonamiento: la pasión de ignorancia que alberga el alma humana ha construido una televisión de acuerdo a sus necesidades. Esta pasión dibuja un oropel de nudos que comienzan con el circo romano, donde las muertes eran reales, hasta la fiesta taurina, donde lo que se espera es la muerte del torero, ya que la del toro está asegurada desde su salida al ruedo.

Es en esta medida que siempre la televisión fue basura, no porque los directivos son malos y astutos y tratan de llevar al pueblo a no sé qué oscuros recovecos de la imbecilidad humana, sino por la estructura fundamental de la televisión que marca una función importante en la vida de cada cual. Lo cual no sirve de justificativo de la carrera hacia el mal gusto, hacia una estética zafia y vulgar, hacia esa suerte de quién llega más lejos en esos programas del corazón donde se narran con todo lujo de detalles las vulgaridades más asombrosas de gente mediocre que se lucra con esa mediocridad.

Uno de los programas paradigmáticos de esta televisión basura, "Tómbola", mostró al poco tiempo de comenzar su andadura una escena que pintaba de cuerpo entero lo que sería, fue y es esa basura. Mariñas, jefe del clan de los "carroñeros", tenía entre sus garras a una entrevistada, de cuyo nombre no me acuerdo, que se había prestado por una módica suma de dinero a ser descuartizada por los periodistas que hemos llamado carroñeros. La violencia iba subiendo de tono, y Mariñas con un gesto, en el cual lo que estaba presente era la degradación del Otro, levantó la falda a esa bella señorita, quien al girar para evitar la embestida mostró su culo cubierto con una pequeña tanga que la puso en evidencia... ¿pero en evidencia de qué?, de que se daba licencia para la degradación de la persona humana. No fue una escena erótica, fue una escena de degradación.

Esta degradación está presente en todos esos programas, y es así como una ruptura sentimental deviene una batalla campal donde no falta la situación lacrimosa de la famosa de turno. Pero la televisión basura, hilvanada por tarots, aramises, horóscopos, rappeles y otros visionarios que supieron construir con ese engaño una

máquina de hacer dinero, muestra más cosas, por ejemplo la actitud serena y comprometida de la Pantoja en los devaneos mafiosos y corruptos de la alcaldía de Marbella, lo que estaba muy próximo, quizás más cerca de lo que podemos admitir de la Comunidad de Madrid, en donde quedó en evidencia la corrupción sin límites de todos los grupos políticos. Lo que demuestra que la corrupción, lo peor de los políticos, está asombrosamente mezclado con la televisión basura.

Pero si lo que venimos sosteniendo es cierto, ¿por qué ese auge de los programas del corazón?, ¿de los culebrones cutres?, ¿de toda esa bazofia que nos inunda como un vómito del cual no podemos salir?.

LA FUNCIÓN DE LA TELEVISIÓN ES LA NEGACIÓN DE LA ANGUSTIA SOCIAL E INDIVIDUAL.

Es que hay algo oculto en la función de la televisión más allá de las variables que posean sus formatos, y eso oculto es el resorte del poder de las televisiones. No se trata del poder que las diferentes televisiones tienen para hacer famosos y ricos, de un día para otro, a personajes vulgares; tampoco se trata del enorme poder económico que manejan, tampoco tiene que ver con la posibilidad de hacer virar la opinión pública en pocos minutos.

El enorme poder que la televisión posee, que es al mismo tiempo su cualidad principal, es la de servir de ansiolítico, la de servir para mitigar la angustia de gran parte de la sociedad actual. Esta formulación que no por simple es falsa no ha sido tomada en cuenta, por lo menos hasta donde yo conozco, por ningún teórico de la televisión. Es una verdad oculta que hay que sacar a la luz.

El siglo XX es el siglo de la angustia, que entra por la puerta grande de la historia de la mano de Kierkegaard. En su libro "Temor y Temblor", publicado en 1843, afirma: "Abraham calla... pero no puede hablar, es ahí donde reside la angustia y la miseria. Pues si yo, por ejemplo, no consigo hacerme comprender cuando hablo es evidente que no hablo, aunque continúe hablando sin interrupción día y noche".

En la vida cotidiana de la gente la historia ha ido dejando sus mojones, pero no podemos hacernos una idea más allá de las imágenes cinematográficas con las que se realizan las reconstrucciones históricas que siempre son invenciones desde la ideología de nuestras ideas, es decir, más allá de las interpretaciones de cómo suponemos que vivía la gente de las distintas épocas, de las reconstrucciones que,

aunque se basan en restos reales (en la letra, en los restos arquitectónicos, en las tumbas y, de forma mucho más reciente, en la fotografía), no pueden proporcionarnos un conocimiento adecuado de, por ejemplo, lo que sentía una prostituta londinense del siglo XIX, o lo que sentía en ese mismo siglo un niño de la calle francés cuyo deambular por París hoy podemos imaginar desde la perspectiva de un niño, pero que en su momento histórico, en el que el concepto mismo de niño no existía, sólo disponía de un imaginario y un simbólico del cual nada podemos saber.

Algo nos ayuda esa serie de libros que nos cuenta la historia de una unidad temática: historia de la niñez, historia de la familia, historia de los infiernos, historia de la vida cotidiana en Grecia y Roma,... y así de seguir, pero nunca podremos entender a fondo la subjetividad del legionario de la segunda cohorte que murió en una batalla pisado por un elefante. La historia no se repite, y ya sabemos qué es lo que se repite de la historia.

Todo lo cual nos conduce hacia una conclusión provisoria que, como veremos, es fácil de sostener y nos permitirá echar luz sobre la angustia:

Estos últimos diecinueve siglos, dominados por el cristianismo, los hombres estaban embargados por el sufrimiento. Dicho de otra manera, la cuestión imperante era la de entender, justificar, estudiar el sufrimiento, ya que la primacía del sufrimiento se introduce con la Biblia.

Sigamos por un momento a León Dufour en su "Vocabulario de la Teología Bíblica". Lo primero que resalta este autor es que la Biblia toma en serio el sufrimiento, no lo minimiza, y ve en él un mal que no debiera haber. En las "Escrituras" existe un inmenso concierto de gritos y de quejas que se transformó en todo un género literario: la lamentación. Y esto es porque la concepción del sufrimiento bíblico está muy asentada sobre el mal. Es decir, la Biblia viene a sostener que el sufrimiento es un mal que no debiera existir, o dicho de otro modo, que todas las desgracias públicas y privadas (sequías, pérdidas de bienes, lutos, guerras, esclavitudes, exilios,...) son males -según el Antiguo Testamento- cuya liberación se aguarda para los días del Mesías.

Este tratamiento del sufrimiento humano transita en todo momento la civilización judeo-cristiana, y sin embargo no es un tema freudiano. Una mención al sufrimiento aparece en "El malestar en la cultura", donde habla de su triple origen: el mundo exterior con sus catástrofes naturales, el cuerpo propio y la relación con los otros. Pero

el giro ya se ha producido. Freud comienza con la neurosis de angustia y, de entrada, ésta está ligada a sus principios económicos, placer-displacer.

Este giro se produce cuando la civilización se vuelve científica, es decir, cuando el discurso de la ciencia se instala en el corazón de la especie humana generando un modo simbólico, una estructura simbólica, que genera la dimensión de la falta, que genera el silencio del cual habla Kierkegaard. El sufrimiento tiene palabras, la angustia nace en el silencio. En ese silencio que abre a lo real, aparece la angustia entre medias palabras que no dicen nada, pero que intentan decir algo que no puede ser dicho. La angustia apunta a lo real, ya que se estructura en el trauma generado por la muerte humana. El siglo XX muestra con particular firmeza, por medio de las dos grandes guerras mundiales, lo efímero de la condición humana, lo insólito de este fenómeno complejo que es la vida en comunidad. “La vida es una herida absurda”, dice un tango del siglo XX. Y es en ese punto donde la televisión aparece para suturar lo real.

En este punto la televisión aparece como ansiolítico, como una poderosa máquina de distracción, de entretenimiento, que deja a aquello que puede producir angustia entre los cojines de los tresillos de medio mundo. Esta operación se aparece de varias maneras, por ejemplo con los anuncios que venden cualquier cosa pero que, al mismo tiempo, devienen imperativos de consumo de los que nadie se puede librar. Así, somos ordenados por los anuncios televisivos, cuya aparente trivialidad estaría encarnada en su función de ventas, pero cuya función verdadera va mucho más allá: ordenan toda una forma de vida que va desde la alimentación a la vestimenta, pasando por los coches y un largo etcétera que coloca al individuo, ya sea este adulto o niño, en los escalones jerárquicos de la sociedad actual. Este ordenamiento que sigue los imperativos de los ideales marcados por la publicidad, sofoca la angustia en el reconocimiento recíproco de la alienación contemporánea. Nada de lo real a lo que apunta la angustia aparece en las pantallas planas de la televisión mundial.

Pero si los anuncios ordenan, podemos tomar otro atajo para mostrar desde otro ángulo esta función ansiolítica de la televisión. Me refiero a ese matrimonio de conveniencia que han forjado la televisión y el fútbol, moviendo entre ambos tal cantidad de dinero que han conseguido inventar uno de los mayores espectáculos contemporáneos. El hecho de que cada vez sea más frecuente ver partidos que se retransmiten por la televisión con las gradas vacías muestra que cada vez más los equipos juegan para las cámaras, como lo viene a confirmar la gira asiática del Madrid

galáctico. El fútbol puede mover pasiones, agresiones, simpatías, encantos ante una jugada de Ronaldo, alegría por la carrera de un Roberto Carlos, emoción ante el gol de Raúl que merodeó en el área con aire distraído, pero... nunca genera angustia. Todo lo contrario, la fijeza de las normas, la actitud competitiva pero reglamentada y la alta improbabilidad de la muerte, hacen de ese espectáculo el campeón de los programas televisivos que suturan la angustia. La actitud relajada ante la pizza y la cerveza de los telespectadores, muestra esta situación sin ambages.

Lo mismo pasa, pero de otra manera, con los programas del corazón, en donde la identificación de los espectadores con los personajes cotidianos de la basura diaria, en la que es previsible hasta lo imprevisible -como que Yola Berrocal haya ganado en "Hotel Glamour" tras tener en vilo a medio país por su rivalidad con Pocholo-, sirve para mantener la angustia alejada del corazón de la gente. Otros programas del corazón que pretenden una mayor seriedad, como "Corazón, corazón", son simplemente vendedores de ideales, desde el bañador ideal, al yate ideal, a los hijos ideales, conformando con todo ello un escaparate donde el grueso de la población puede identificarse y hablar de personajes de palacios como si fueran de su familia, ubicándose así en el mundo como participantes activos, cuando en realidad son meros instrumentos en manos de un amo siempre deseado.

Pero hay que reconocer que la basura es el signo distintivo de la especie humana: donde hubo hombres basura queda. La basura, los restos de la actividad humana, se acumulan lentamente a escala planetaria sembrando el universo de señales que muestran su paso. Tenemos basuras de todo tipo, desde los grandes basurales que rodean a las ciudades, hasta los cementerios de basura nuclear, pasando por la basura escondida en el fondo de los mares. La televisión basura, o la basura de la televisión, son los restos que quedan de la imagen paranoica del yo, de un yo del desconocimiento que yugula la angustia ante el resto que la provoca, el resto verdadero, el despojo, el cadáver.

De esta manera podemos concluir que la verdadera función de la televisión es la negación de la angustia, y si a esta función la llamamos función basura, toda la televisión es basura.

LA ANGUSTIA DE LA TELEVISIÓN.

La televisión cumple la función del despertador mientras los niños se preparan para ir al colegio y los mayores pegados a la pantalla se quitan las legañas de los ojos en un

esfuerzo por atravesar un día más. Todas las casas se llenan con el ruido de la televisión, desde por la mañana temprano hasta altas horas de la madrugada. Es el ruido más reconocible de nuestra civilización actual, cataratas de palabras para que no pase el silencio que hace a la angustia; cotorras que repiten sonsonetes vacuos, cacatúas parlanchinas de abultado plumaje que balbucean palabras tras palabras para que el ruido prosiga su danza de vocales, lenguaraces de oficios de la nada que desde el sillón hablan y hablan de nada sin parar.

Detrás de tantas palabras resuena la angustia que, recordémoslo, es para Freud consecuencia del estado de desamparo biológico en que nace la criatura humana, de este desamparo constitutivo de la especie humana que se pone en evidencia cuando sucede un trauma y se produce un flujo de excitación incontrolable.

No podemos negar que la vida humana está llena de traumas que hacen estallar la angustia, entre otras la muerte que se filtra por las rendijas de la televisión en los telediarios que, por esas extrañas casualidades del destino, coinciden con los horarios de las comidas. Comemos telediarios en un canibalismo sublimado, mientras los muertos de Irak o de cualquier lado y de cualquier color se amontonan en las imágenes de todos los días.

Éste es el mayor desafío de la televisión en su función basura, es decir el excluir la violencia, las guerras, los accidentes, los crímenes, etc., etc., pero dejando pasar la verdad que estas situaciones deparan, y más allá de las manipulaciones políticas que están al orden del día. Este desafío, que estuvo desde los inicios de la televisión, fue solucionado por los diferentes medios televisivos de una manera que creo que tiene que ver con el poderoso papel que este instrumento lleva implícito. Es lo que podríamos llamar “la imaginarización de lo real”.

La televisión produce un continuo de imágenes que son siempre iguales a sí mismas, por eso es lo mismo “Mazinger Z” que el blindado americano derribando la estatua de Sadam. Son lo mismo los muertos de una película de vaqueros que los muertos de un accidente ferroviario. No se puede negar que allí se juega, en esas imágenes iguales, algo siniestro, ya que cada imagen corresponde a un real diferenciado y distinto, pero en la televisión se trata de eso, de mantener la homogeneidad imaginativa que hace posible comer mientras la gente se mata en escenas repetidas. Esto último no deja de tener importancia porque, a fuerza de repetir las imágenes en uno o en varios canales, ésta deviene irreal y lo real de la angustia queda afuera.

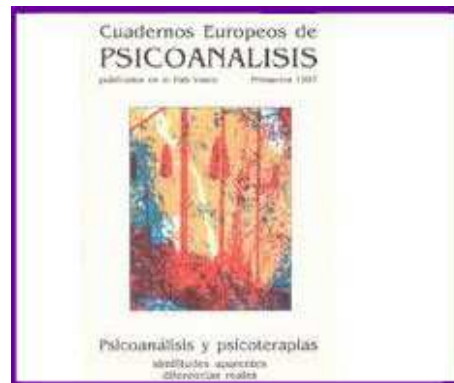
No es lo mismo presenciar una ejecución de alguien en vivo y en directo que verla por la televisión, como ha pasado. La distancia, aunque esta palabra no me guste demasiado, entre lo percibido y lo real es totalmente distinta y, sin embargo, lo real no deja de pasar -la bala entrando en la cabeza, la muerte de una persona-, lo que se modifica -y esto es obvio- es el lugar desde el que se ve. Esta cualidad de la televisión, que es parte integrante de su mecanismo, es lo que hace a ésta un producto idóneo para evitar la angustia y sus consecuencias: las preguntas sobre la vida humana que la angustia lleva implícitas.

Este mecanismo televisivo nos hace definir una diferencia: ver-mirar. Quien ve no mira, quien ve percibe un campo de imágenes yuxtapuestas cuyo resultado último puede ser ignorado, o con mayor precisión: denegado. Un muerto es la imagen de un muerto, un herido por la explosión de un coche bomba es la imagen de un herido que grita, gime y patalea pero que no envía a ningún real. Quien ve no mira, porque el mirar nos devuelve al horror de la angustia que la muerte genera. El estruendo paralizante del desplome de las Torres Gemelas era una imagen peliculera, no nos olvidemos de la frase repetida en aquellos momentos: “era como una película”.

No obstante, algo del mirar suele pasar en el ver, pero para eso allí está la censura pura y dura que incluye hasta el asesinato de periodistas si fuera necesario -todo por la patria.

Entendida de esta forma, la televisión nació como basura y sólo ha cambiado la bolsa donde la basura se acumula: ahora las bolsas de basura son con asas.

Portada de los “Cuadernos Europeos de Psicoanálisis” de la Primavera de 1997, revista en la que se publicó este artículo.



NUEVOS MALESTARES, VIEJAS SOLUCIONES.

PONENCIA PRESENTADA EN LAS “III JORNADAS DE PSICOANÁLISIS DEL PAÍS VASCO”, EN BILBAO EN NOVIEMBRE DE 1996.

El título que nos convoca, “¿Nuevos malestares, nuevas respuestas?”, puesto entre signos de interrogación, invita a dar una respuesta; la mía es que podemos afirmar la existencia de nuevos malestares a los que se les da viejas soluciones, si bien es verdad que estas viejas respuestas tienen nuevos disfraces. Para contestar a la primera parte de la pregunta adoptaré una posición de cautela, puesto que es difícil precisar el corte que separa los viejos malestares de los nuevos.

Tomemos un ejemplo de la psicopatología de la vida cotidiana: ¿Las tribus urbanas son una nueva forma de malestar o es un malestar tan viejo como la especie humana?. Sabemos desde “Psicología de las masas” la condición estructural de la formación de las masas: lo que las ubica fuera de la historia, es un malestar ahistórico. Por otro lado tenemos la envoltura formal de este malestar determinado por los ideales de cada momento cultural y de las determinaciones geográficas que le dan las características históricas y regionales. Podríamos hablar en este caso y en otros similares de viejos malestares con nuevos ropajes, con nuevos semblantes. Es difícil precisar en estos casos un límite entre los viejos y los nuevos malestares.

Otra posibilidad es intentar enfocar el problema por el lado de la angustia, pero esto nos plantea un arduo problema debido a que la angustia es un afecto y por lo tanto no lo podemos calibrar de manera cualitativa. A falta de un angustiómetro, en el decir social resuena un potable incremento de la angustia, canalizado en otros significantes -aumento del estrés, índices de muertes por enfermedades del corazón, irritación muy

marcada en la vida cotidiana, con una secuela de accidentes, violencias, homicidios y un largo etcétera que jalonan el firmamento de la cultura actual.

Enfoquemos el problema desde otra dirección: ¿dónde están los nuevos malestares, los nuevos síntomas? y ¿a partir de dónde definirlos?. Podemos afirmar que los nuevos malestares se encuentran en el entramado social encarnándose en cada sujeto de un modo particular. La segunda respuesta que propongo es definir los nuevos malestares como un efecto directo del discurso de la ciencia; y especialmente de la alianza de este discurso con el discurso del capital.

Para sostener estas afirmaciones enumeremos a bote pronto diversas situaciones donde aparecen nuevos malestares: las nuevas formas de paternidad, que incluyen la paternidad “post-mortem” debido a la conservación del semen congelado, las distintas técnicas de fecundación “in vitro”, que incluyen la donación de óvulos incluso de madres a hijas, el problema de los trasplantes, que crea interrogantes éticos y jurídicos por la indefinición del momento de la muerte. Los trasplantes traen su fantasmagoría propia que circula por las ciudades, el rapto de niños y jóvenes para el robo de órganos. Todos los problemas genéticos, como las diversas manipulaciones genéticas que se extienden hasta el problema de las clonaciones.

Podemos situar aquí también, los trastornos teratológicos posteriores a accidentes en centrales nucleares, pero también los miles de muertos en la India por el escape de un gas mortal. En otro orden de fenómenos podemos enumerar la dependencia a la televisión, los juegos extremadamente violentos de las video-consolas, y un largo etcétera difícil de contabilizar.

A partir de esta serie inconclusa quisiera señalar dos puntos:

1.- El primero es marcar que el discurso de la ciencia coloca como objeto al cuerpo al que desmiembra para su mejor estudio. Esta intrusión de la ciencia sobre el cuerpo y en virtud de un nuevo instrumental médico-quirúrgico -como se les llama- ha adquirido en la actualidad características exorbitantes. Para no hablar de alianza entre el discurso de la ciencia y el discurso del capital, que produce verdaderas iatrogenias. Como puede ser el simple hecho de que la compra de un aparato médico cualquiera debe ser amortizado en términos de libre mercado y, por lo tanto, da lugar a una explotación de los enfermos.

2.- El segundo aspecto que quiero señalar está dicho por Lacan en el Seminario 17 de la siguiente manera: “No debemos olvidar que la característica de nuestra ciencia no

es que haya introducido un conocimiento mayor y más amplio de nuestro mundo, sino que ha hecho surgir en el mundo cosas que no existían en modo alguno en el nivel de nuestra percepción”.

Es lo que se ha dado en llamar sociedad de consumo y que bien podría llamarse la sociedad de los objetos de goce. Todo esto me es útil para sostener la afirmación de que los nuevos malestares son producidos por el discurso de la ciencia; los viejos, los antiguos malestares conviven mezclados con los primeros. Las conclusiones de esta afirmación permiten situar los nuevos malestares en una doble vertiente: la ignorancia sobre el goce del cuerpo y la oferta de innumerables objetos de goce que aplastan el deseo al satisfacer la demanda. Esta última situación queda clara si uno visita los grandes almacenes de juguetes. En ninguna época histórica ha existido tal variedad y cantidad, lo cual produce en los padres una oferta que se anticipa a la demanda, produciendo su saturación. El primer aspecto queda suficientemente remarcado cuando escuchamos a un paciente que concurrió a una clínica de lujo por una crisis de angustia y fue sometido a todo tipo de pruebas, scanner, ecg, radiografía magnética, etc., para que la conclusión fuera un: usted no tiene nada. ¿Quizás el médico de guardia con haberlo escuchado un solo momento hubiera podido hacer un diagnóstico y evitar todo el gasto?.

Decía que los nuevos malestares se encuentran en el entramado social y se particularizan en los sujetos. Es que sabemos desde Freud que la psicología individual y la psicología colectiva son inseparables, y su articulación precisa puede ser realizada sobre una banda de Moebius. Esto lleva a pensar que nos encontraremos con modalidades sintomáticas novedosas, algunas de las cuales están ya en nuestro entorno. Las toxicomanías, las epidemias de anorexia y de bulimia, el alto porcentaje de fracasos escolares, son muestras de estas nuevas presentaciones sintomáticas, que implican un cambio en las modalidades de la demanda.

Sabemos desde el psicoanálisis que toda demanda es demanda de amor y que por eso mismo porta en su seno un engaño fundamental. Engaño que puede sintetizarse en la frase siguiente: no es lo mismo lo que se quiere que lo que se desea. Bien puede ser que alguien consulte para ser autenticado en su condición de enfermo detrás del pedido de un alivio sintomático. Esta situación, que es mucho más común de lo que se cree, no la planteo pensando en alguien que podría ser un simulador y que querría, por ejemplo, tener una baja por enfermedad. Esta situación la traigo para mostrar que la demanda bien puede ser la demanda de una identificación a otro, identificación que

ocuparía el lugar de la falta en ser. Esto no es muy complicado de entender si tomamos el ejemplo de la toxicomanía. Además del consumo está el efecto de la identificación a un significante que lo nombra en el universo de lo social, dándole una identidad allí donde la identidad es lo que falta. Pero esto puede ser aplicado a la anorexia, y en general a cualquier diagnóstico. Pensemos por un momento en los alcohólicos anónimos que, como dice el chiste, a pesar del anonimato siguen siendo alcohólicos.

Las ideologías que transitan los vínculos sociales, es decir retazos de fantasmas colectivizados, haces de creencias imaginarias, no dejan de producir sus efectos sobre la modalidad en que se presenta la demanda. Podemos situar este cambio, casi de una manera experimental, en lo observable de las nuevas demandas, demandas imperiosas, demandas de una curación rápida, demandas en las cuales no hay la más mínima disposición para abandonar el confort producido por el fantasma. Y estas nuevas modalidades de demandas son promovidas, llegan de la mano de nuevas formas de psicoterapia, de nuevas fórmulas psicofarmacológicas.

Tenemos entonces en la demanda actual generada por los nuevos malestares, un efecto de desresponsabilidad del sujeto. Ante esta situación existen dos posibilidades: o se trata de que el sujeto que consulta se haga responsable de su deseo o, por el contrario, se le responde a la demanda produciendo por medio de un saber sugestivo una identificación que aumente la no responsabilidad. Ésta es una de las diferencias entre el psicoanálisis y la psicoterapia. Y es también una de las diferencias entre teorías que toman como eje la no responsabilidad, en general teorías con un eclecticismo radical en el cliente -como se las suele llamar- y que inducen en los vínculos sociales un aumento de la no responsabilidad. Este "corpus" teórico en la actualidad acompaña de distintas maneras la llamada salud mental sin entender que justamente esta posición genera patología mental. A tal punto que esto se refleja en las distintas concepciones sobre el derecho. De otra manera: mientras más se tenga que legislar más se nos muestran los fracasos del vínculo social; la legislación de las relaciones entre los sexos -pedida y exigida por los colectivos feministas- no produce una temperancia de las pasiones, es síntoma de una agudización de los conflictos.

Ante los nuevos malestares hay dos respuestas: el psicoanálisis o doctrinas utilitarias que empobrecen la vida humana. La primera respuesta, el psicoanálisis, incluye su vertiente terapéutica, es decir, la mejoría sintomática. Una de cuyas posibilidades son las intervenciones analíticas, que no es lo mismo que las terapias breves. La segunda

respuesta la podemos designar como viejas respuestas travestidas al moderno lenguaje de la ciencia, lo cual no quiere decir que no tengan futuro. La pasión por la ignorancia es una pasión del ser. Como producto paradigmático de esta postura tenemos la respuesta que nos llega desde el norte, norte no europeo, y son las doctrinas cognitivistas. Este conjunto de doctrinas -en la actualidad no creo que se pueda hablar de una doctrina- es acorde con el momento que nos toca vivir puesto que su principal punto de anclaje es decirse "ciencia".

De otra manera: elevada la ciencia a la categoría de religión debe invocarse esta palabra mágica para tener un prestigio en lo social que incluso pueda servir para financiar costosos programas. Y esto último no es ninguna banalidad si tomamos, por ejemplo, una cita de Johnson-Lair de un cuidadoso artículo, titulado "Modelos mentales en ciencia cognitiva", que dice: "Debemos rechazar esta idea de que la ciencia cognitiva es tan sólo una hábil estratagema concebida con el único objetivo de conseguir fondos para la investigación, esto es, que no es nada más que seis disciplinas en búsqueda de una institución proveedora de becas".

Esta ironía comienza a colocar las cosas donde tienen que estar, puesto que este llamado a la ciencia desata de inmediato una disputa económica para tratar de ubicar el rasero de por qué una disciplina puede gozar del prestigio de ser científica y otras no. Síntoma de esta situación es Donald Davidson que en su pequeño pero interesante escrito "Filosofía de la Psicología" intenta dar cuenta de cómo ubicar a la psicología como una ciencia. Recordemos que Davidson comenzó su carrera como psicólogo experimental de orientación conductista, profesor en la universidad de Berkeley, y goza de enorme influencia en la psicología americana. En el escrito citado podemos leer: "Teniendo el vocablo ciencia el puesto de honor que ocupa en ciertas esferas, sería indigno resumir estas consideraciones diciendo que la psicología no es una ciencia: la conclusión es más bien que la psicología se distingue de otras ciencias en un importante e interesante aspecto".

Este débil intento epistemológico de Davidson, se debe a su ruptura con el conductismo puro y duro que le lleva a la conclusión de que los estudios biológicos del cerebro -por más sofisticados que éstos sean- no darán solución al problema del cognitivismo. Llega a esta conclusión al estudiar los llamados lenguajes naturales, punto en el cual se detiene su andadura, puesto que sin entrar en los meandros oscuros de su lógica, recalca, a través de su concepción del significado como causa del uso lingüístico, en una teoría del sujeto como sujeto de la representación perceptiva.

De otra manera: existirá un sujeto unificado (sujeto cognoscente) cuya característica es la adecuación entre la representación y la cosa representada. Obviamente estamos antes de la ruptura freudiana, estamos con un nuevo lenguaje en el siglo XIX. Es una vieja respuesta. Todo lo anterior aparece muy alejado de la clínica pero las teorías cognitivistas infiltran todo el tejido psicoterapéutico y psicopedagógico en alianza con las últimas estribaciones de la degradación del psicoanálisis americano, produciendo una terapia adaptativa al discurso del amo, donde quedan privilegiados ideales como el de la felicidad o el del bien. Es decir, que proponen un bien universalizable.

Richard Rorty, polemizando con Davidson, se pregunta: ¿por qué se estableció la diferencia entre disciplinas científicas y otras que no lo son?, diferenciación que ha llevado a la sacralización e idealización de lo científico. La respuesta que da no deja de ser una sorpresa. Afirma que los científicos naturales han sido con frecuencia ejemplos de destacadas virtudes morales. Esta respuesta tiene la ventaja de poner al descubierto la ideología asentada en un ideal pero la contrapartida es dejar de lado el deseo, cuestión que a Rorty no se le escapa, puesto que concluye que estas virtudes del científico son accidentales y no estructurales. No puede ser de otra manera si recordamos la pelea por la patente del virus del sida, promocionada por los laboratorios farmacéuticos. La aparente pureza de la ciencia se ha roto, y en el campo de la psiquiatría esto tiene una influencia determinante puesto que por ello los laboratorios, basados en el entronque entre el discurso de la ciencia y el discurso del capital, una variante del discurso del amo, introducen ahora sus productos transformando descaradamente a los psiquiatras en meros agentes farmacológicos.

La fuerza del discurso, más allá de las personas que lo encarnen, produce una alianza con el cognitivismo puesto que éste puede hacer de puente teórico para el uso farmacológico, puente teórico que tiene que tener el prestigio de lo científico. Y para esto qué mejor solución que apelar al modelo de los ordenadores que aparecen en el horizonte de la condición humana como prueba objetiva e irrefutable de lo científico.

Es por eso que podemos leer en las “Conclusiones” del libro de Howard Gardner, titulado “La nueva ciencia de la mente” y fechado en Cambridge, Massachussets, en 1985, lo siguiente: “... si se pretende que la ciencia cognitiva madure, la descripción representacional definitiva del lenguaje debe relacionarse, en uno de los extremos, con todo lo que se sabe sobre la arquitectura neural de ciertas regiones del hemisferio izquierdo; y en el otro extremo, con lo que se sabe sobre la estructura y función del lenguaje en distintos grupos culturales”.

Este puente entre las neurociencias y el lenguaje está tamizado por tratar de entender lo mental tomando como modelo el ordenador y teniendo como eje lo que Gardener llama el “nivel de representación”, lo que quiere decir que la actividad cognitiva humana debe ser descrita en función de símbolos, esquemas, imágenes, ideas y otras formas de representación mental, palabras de la lengua fundamental que están al servicio de lo que entra y sale de un sistema. Aquí, aunque sea en forma casi enigmática, conviene recordar al Lacan del Seminario 20 que dice que el error de la ciencia está dado por la convicción de que el ser piensa.

Es por eso que Terry Winograd, de la Universidad de Stanford, contesta a la pregunta ¿qué significa comprender el lenguaje?, con una elucubración de saber que consiste en postular una correspondencia entre las oraciones del lenguaje y los hechos del mundo. Una vez más nos encontramos con viejas respuestas, puesto que este “corpus” teórico transformado en psicoterapia deviene una mera psicopedagogía cuyos efectos sugestivos pueden producir efectos de mejoría sintomática.

En el libro “Introducción a la Psicología Cognitiva”, de Manuel de Vega, hay casi cien páginas destinadas al estudio del pensamiento, cien páginas destinadas a evitar pensar que los verdaderos pensamientos son los pensamientos inconscientes, que Ello piensa. Y al evitar estos pensamientos, la ciencia cognitiva evita pensar en lo que en el psicoanálisis llamamos goce, este placer en el displacer que Freud descubrió en sus primeras históricas y que llamó la satisfacción sustitutiva del síntoma, que más tarde llamó pulsión de muerte. De esto los cognitivistas nada quieren saber, y procurando hacer un bien terminan haciendo un mal.

**Foto de Al Zawahri,
considerado el número dos
de Al Qaeda y que
recientemente ha
reivindicado en un vídeo el
ataque del 7-J a Londres.**



LA FUNCIÓN DE LAS RELIGIONES EN LA ESPECIE HUMANA

ARTÍCULO REDACTADO EN DICIEMBRE DE 2004

LA RELIGIÓN BOLCHEVIQUE.

En los años 1932-1933 Sigmund Freud escribe las “Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis”. En la última conferencia, que lleva por título “El problema de la concepción del Universo”, toma al marxismo como objeto de análisis.

En esa conferencia, se puede leer con claridad la opinión freudiana sobre la revolución bolchevique; allí dice: “Con el nuevo atisbo logrado en la amplia significación de las circunstancias económicas surgió la tentación de no abandonar su transformación a la evolución histórica, sino de imponerla por medio de una revolución. Con su realización en el bolcheviquismo ruso, el marxismo teórico ha conquistado la energía, la concreción y la exclusividad de un siniestro parecido con aquello mismo que combate. Siendo originalmente un fragmento de la ciencia y fundada su realización en la técnica y en la ciencia, ha creado, no obstante, una prohibición de pensar tan implacable como la de la religión de su tiempo. Ha prohibido toda investigación crítica de la teoría marxista y las dudas sobre su exactitud son tan castigadas como en tiempos de la herejía por la Iglesia Católica. Las obras de Marx han tomado como fuente de revelación, el lugar de la Biblia y el Corán, aunque no están más libres de contradicciones y oscuridad que aquellos libros sagrados.”

Para Freud la censura que opera en el corazón de las religiones es de suma importancia ya que funciona como la censura onírica, utensilio que hace a la formación de lo inconsciente. La censura que cae sobre la crítica de los textos religiosos es lo que hace, para Freud, de un texto cualquiera, un texto sagrado al tener la misma

función que la censura onírica, lo cual implica, entre otras cosas, la conservación de estos textos en forma acrítica.

Se puede leer con claridad la posición freudiana, sobre lo que denomina “Weltanschauung”, es decir, “una construcción intelectual que resuelve unitariamente, sobre la base de una hipótesis superior, todos los problemas de nuestro ser, y en la cual, por tanto, no queda abierta interrogación ninguna y encuentra su lugar determinado todo lo que requiere nuestro interés”. Esta forma de entender la concepción del universo nos muestra una parte importante de la función religiosa, ya que sirve como un modelo de orientación general para los inconvenientes de la vida, una guía firme y sólida para alcanzar seguridad en la vida.

La transformación que sufrió la teoría marxista desde su llegada al poder, después de la Revolución de Octubre, en función de la censura establecida la llevó al rango de una nueva religión que obligaba a millones de personas a rendirle culto.

Definimos el término religión como una respuesta totalitaria, una respuesta sin fisuras, que no deja sombra de dudas sobre temas como el origen y la génesis del universo, sobre la vida y la muerte de la especie y del individuo, sobre su creación, es decir de dónde venimos y a dónde vamos, respuestas que cubren, a modo de un manto protector, las oscuras vicisitudes de la vida que el sufrimiento depara y las sella con una promesa de dicha, de felicidad eterna en un porvenir sin tiempo que soluciona el enigma de la muerte.

Esta aproximación a lo que para nosotros es la religión, debe completarse con otro dato importante: cada una tiene un texto sagrado. Esto en las religiones monoteístas es muy claro, ya que cada texto sagrado es la palabra de Dios revelada a los hombres. Es así como vemos la entrada a la religión de la mano de la letra cuyo cuerpo teórico sirve a la transmisión de la tradición.

“La Torá” es el eje central de la fe judía, escrita en hebreo. “Los Evangelios” son el libro principal de los cristianos, escritos por los seguidores de Jesucristo. “El Corán” es el centro, el origen del Islam. Pero estas letras no sólo se despliegan en los monoteísmos; es así como el hinduismo tiene como lectura principal al “Rigveda”, sin olvidar al “Mahabharata”. Pero mi información sobre las distintas religiones tiene límites precisos, por lo que dudo si sumar a esta lista textos como los de Confucio o Lao Tse. De lo que no dudo es que el principal texto sagrado de la religión bolchevique es “El Capital”, que fue lectura obligatoria para muchos habitantes de este mundo.

Esta forma de entender el marxismo es muy útil para comprender el momento político actual, donde el resurgir de ciertos fundamentalismos tiñe este tiempo que vivimos. Es el retorno de lo reprimido, ya que esta influencia ha estado siempre presente, de una u otra forma, en el conjunto de la colectividad humana. Creer, creencia, Freud percibe que cualquier sistema, que “cualquier concepción del mundo”, puede originar, por obra y gracia de la creencia, una nueva religión, como está pasando actualmente con el discurso científico.

Pero si Freud percibe con gran claridad que el marxismo puede devenir en una nueva religión, no entiende que el discurso científico puede cumplir la misma función. Esta incompreensión freudiana fue la que hizo creer que la ciencia derrotaría a las ilusiones religiosas produciendo un “estado de conciencia ideológica” que haría del hombre del siglo XXI un ser más racional, sin conflictos. Esta posición freudiana que raya un optimismo denegador se ha demostrado totalmente falsa.

Por el contrario, la secuencia que sostenemos es que la religión bolchevique tuvo su primacía durante todo el siglo XX, incluyendo sus ritos sacros como los impresionantes desfiles que recordaban la Revolución Comunista, y donde no faltaban los santos en sus ataúdes preservando el cuerpo incorrupto de San Lenin.

Esta religión cae con el Muro de Berlín y se produce el renacimiento de las religiones tradicionales que surcan el cielo del Este con la “nueva vieja nueva”. Es así como Polonia renace en el catolicismo más rancio, o Ucrania despierta en esa religión ortodoxa que les vio nacer. De todos modos, el dato más seguro, más fiable para calibrar este renacimiento es la Guerra. No es casual que la Guerra de los Balcanes sea la primera gran guerra después de la caída del Muro de Berlín, y que esta guerra sea eminentemente religiosa, donde tres religiones monoteístas compiten para ver cuál es más cruel.

La lectura freudiana del marxismo militante, que lo muestra como una religión, nos pone en el corazón del problema que queremos desarrollar: ¿por qué la especie humana tiene tanta necesidad de religión, qué puede transformar, casi cualquier cosa, en una religión?. A tal punto que solemos ver cómo los neuróticos tienen su religión privada.

LA FUNCIÓN RELIGIOSA.

En la algarabía humana, en sus múltiples y permanentes contradicciones, en medio de ese equilibrio inestable que es una de las marcas indelebles de la especie humana,

aparece la religión como un ingrediente básico, lo cual tiene una constatación empírica irrefutable, el 99,99% de los componentes de la especie humana creen en algo que podemos definir como Dios, como creador, y no sólo en el sentido monoteísta de esta palabra, sino como un sistema de creencias, de sentimientos que van desde la veneración al temor, pasando por distintos rituales. A veces el término Dios es reemplazado por el del "principio creador", que cumple la misma función.

Esto lleva a pensar que la función religiosa es de una importancia extrema en la vida de las colectividades humanas, cuya cotidianeidad está totalmente teñida por los preceptos religiosos, a punto tal que se han podido formular hipótesis sobre lo hereditario de esta función. Dada la enorme importancia que juega en la vida humana no es vano tratar de dilucidar su origen.

No es posible una respuesta única, al modo de la religión, para tan espinosa cuestión, pero iremos bordando un rosario de respuestas que debidamente engarzadas dejarán un hueco, una hiancia en donde la respuesta es el silencio, con lo cual nos aseguramos de no caer en la tentación de intentar fabricar una nueva religión, ya que esa falta que buscamos habla de un imposible de saber, y colocado este imposible de saber, nos introduce en la lógica del "no todo" que hace que no todo pueda responderse.

La primera respuesta la extraemos de "El porvenir de una ilusión". Freud refiere esta necesidad imperiosa de la especie humana a la indefensión infantil y a la protección que en la primera infancia dan los padres a sus hijos. Es una ilusión nos dice, pero no deja ambigüedades a la definición de esta palabra, la ilusión no es un error, es una creencia sostenida por los hombres de manera muy fuerte, por un deseo poderoso. Que ese deseo choque con la realidad es cosa de todos los días, pero no disminuirá la creencia en ese sistema altamente simbólico. La ilusión, en este sentido, está muy próxima a los desarrollos sobre los mitos que muchos años más tarde realizará Claude Lévi-Strauss, y el primer mito que se esboza en el firmamento, siempre plagado de diversas creencias, es la de un Dios que nos protege contra esa indefensión humana de los primeros años.

Este deseo es muy poderoso, y se exterioriza de distintas maneras, una de ellas es percibir que la gente tiene necesidad de amos, que alguien les ordene, que alguien prohíba, lo que no justifica el uso que los políticos, usada esta palabra en su forma más amplia, hacen de esta necesidad humana. De otra manera, Dios es un padre

protector aunque gruñón y malvado que cuida de su rebaño. No conviene olvidarse que este mecanismo es el que lleva a los adolescentes a enrolarse en distintas pandillas a pesar del alto precio que en muchos casos han de pagar por ello. Es la “novatada” que en las pandillas fuertes de algunos países latinoamericanos pasa por palizas a los hombres y repetidos coitos con distintos varones en las hembras. Soportar esta situación sacrificial sólo se entiende por este viejo anhelo humano de ser esclavo.

Sin embargo, la afirmación anterior tiene que matizarse, puesto que estando como lo estamos, inmersos en una religión monoteísta, perdemos de vista que hay otras religiones que buscan el alivio del sufrimiento humano por distintas prácticas, como el budismo.

LA PREGUNTA POR EL ORIGEN.

Una escena repetida: “mamá, papá, ¿de dónde vienen los niños?”. Y la mamá dirá, habitualmente, con un tono cansado: “De París, lo trae una cigüeña”, o “de la semillita que papá puso en el vientre de mamá”. Mitos, mitos, algunos burdos, otros como los mitos científicistas más refinados, pero igualmente mitos, lo que no quiere decir falsedades.

Es decir, que toda pregunta por los orígenes es respondida con una ilusión, con un mito. Y esto porque, en último término, siempre falta un significante que cierre totalmente el circuito.

Caracoleando por los muelles de las palabras intentamos una respuesta totalitaria, pero nada viene al caso para que se cumpla dicho anhelo, tenemos respuestas parciales con las que avanzamos a ciegas en un mar oscuro. Esta posición, que es la nuestra y que tiene cierta prestancia, choca contra una especie subalterna que últimamente aparece con demasiada frecuencia en distintas tertulias, me refiero a los tipejos que en lenguaje vulgar son llamados “ratas de biblioteca”.

La curiosidad no es el deseo de saber. Profundizando el deseo de saber, es una entelequia que aparece y desaparece en el sujeto según la hora, el cansancio y la temperatura, con lo que estoy llamando la atención contra esas lecturas, tan gozosas para los analistas Lacanianos, que detectan el deseo de saber como una sustancia que una vez lograda, no disminuye en eficacia. Todo lo contrario, lo que sí podemos ver es que algunos que llegaron hasta ese deseo de saber lo perdieron en las ramas tortuosas de unas identificaciones sin fin y se los encuentra, tan orondos, repitiendo lo

que tienen que repetir. De esta manera, las “ratas de biblioteca” sostienen al amo en funciones allí donde esté, en la escuela, en las distintas universidades, sacras o laicas, brindándole un saber que distraiga con el goce el timón siempre firme de un deseo de saber auténtico, lo que no implica de ninguna manera la pureza del deseo.

Los andariveles sufrieron una extraña torsión, ya que estábamos en la segunda respuesta a la cuestión planteada del ¿por qué la imperiosa necesidad de la función religiosa?, y la ubicamos en la falta de un significante que hace imposible el cierre de la pregunta por el origen: ¿quién creó el universo?. ¿Dónde estaba antes de existir?. ¿Estaba?. Lo mismo para el tema de la vida, ¿de dónde venimos?, ¿por qué somos dos sexos?. Las preguntas se hacen infinitas. Desconozco el motivo, y por más vueltas que le doy, sigo sin entender por qué la especie humana no tolera dejar preguntas, me refiero a preguntas esenciales, sin una respuesta que aparentemente dé cuenta del Todo. Para encontrar una respuesta a esta pregunta, podemos apelar a “el narcisismo herido jamás será vencido”, pero se queda corta.

Indaguemos una vez más, por medio de la pregunta sobre el origen, el tema que estamos tratando. El niño viene del vientre de la mamá que es el tiesto donde el padre ha dejado su semillita, y ¿de dónde vienen los padres?. De los abuelos, ¿y los abuelos?. Y así de seguir. ¿Qué es lo observable?. Que hay una cadena generacional, cadena tejida por los nombres y apellidos. Es así como los vascos no ponen al primogénito el nombre del padre, pero es obligatorio el del abuelo paterno; en Castilla pasa algo distinto: es obligatorio, salvo rebeldía adolescente, el nombre del padre al primogénito. Esta cadena generacional ha desvirtuado lo natural, lo ha cambiado gracias a la eficiencia de lo simbólico.

Lo natural podemos colocarlo en el orden animal, zoológico, la especie humana ha desnaturalizado lo natural, donde no hay generaciones, no hay prohibición del incesto. Para que esto se entienda con claridad: la única especie cuyas hembras tienen menopausia es la especie humana, lo cual implica que no están a disposición de la procreación hasta el final de sus vidas, como pasa en otras especies animales. Este solo ejemplo basta para romper la armonía animal, ya que aquí, y esto lo escribo un poco en serio y un poco en broma, está en presencia de un punto bélico importante, la relación entre suegros y nueros y yernas y suegras.

Es la prohibición del incesto lo que introduce al sujeto humano al orden simbólico, que es el de las preguntas, y en este orden simbólico surge la palabra Dios como una

respuesta totalizante y totalitaria a todas las preguntas por el origen. Después de un “sí” mítico, viene un “no” que funda la imposibilidad de una respuesta plena, ya que al introducir la falta de un significante hace posible la pregunta.

Lo cual nos permite afirmar que Dios es la respuesta que el inconsciente da a la pregunta sobre el origen de la especie humana. De otra manera: Dios es inconsciente y se hace presente por el lenguaje. Lo cual nos lleva a concluir que Dios es el Dios del lenguaje, que en su aspecto imaginario aparece como protector, es el Dios del amor, pero también el Dios del orden, de los Diez Mandamientos, el que establece lo bueno y lo malo, lo que está permitido y lo que está prohibido. Aquí conviene releer a San Pablo, porque de Dios forma parte la ley y el pecado, el alma y el cuerpo. Dios protege a la especie humana, Dios es el Nombre del Padre que introduce la suplencia absoluta a esa pregunta que no tiene respuesta y que es ¿la especie humana por quién fue creada?. Como podemos ver ya hay dos funciones importantes que cumple la religión: la protección y la respuesta a la pregunta por el origen.

Sin embargo hay más, y ese más tiene que ver con el sentido, lo cual no deja de tener resonancias con lo anterior. Con Freud el sujeto se halla profundamente dividido entre el sistema inconsciente, por un lado, y el sistema preconscious-consciente por el otro. Este sujeto dividido deja su cualidad de sujeto para Lacan al transformarse en un vacío, una mera falta, un significante que representa un sujeto para otro significante. Esta frase típicamente lacaniana, cuya profundidad nadie ignora, nos habla de que el sujeto humano es un mero vacío en el cual se introduce un cuerpo, un cuerpo de carne pecadora, o de carne gozante, como se quiera, ya que es el lugar del máximo placer, pero es también el lugar de la finitud y del dolor.

Dios nos creó a su imagen y semejanza, lo cual es una afirmación que contradice cualquier lógica, ya que si Dios es perfecto ¿cómo pudo crear un animal tan imperfecto?. Como siempre que aparecen estos temas, de lo que se trata es de si uno se lo cree o no. Pero sigamos: Dios nos creó a su imagen y semejanza, lo que quiere decir que ese vacío que es el sujeto humano, es llenado por Dios. Esto está sembrado de experiencias místicas: ser uno con Dios, se dice por ahí, ser uno, es decir el significante uno, pero un significante uno especial ya que no hace cadena, está holofraseado, y esta holofrase es Dios que nos habita y nosotros habitamos en él; tercer argumento, en este caso estructural, para que la función religiosa sea inmovible, porque Dios lo quiso así. Nadie quiere soportar el vacío que nos hace estar más cerca de la muerte.

Hemos dado varios pasos, el primero, Dios existe porque el individuo de la especie humana necesita una protección frente a su indefensión; el segundo, Dios existe porque surge como una respuesta totalizante a la pregunta por el origen; el tercero, Dios existe ya que es la sustancia que llena el vacío del sujeto. Daremos un cuarto paso que será el del sentido.

MORIR.

La singularidad de la especie humana tiene otro punto que particulariza su relación con la muerte. De otra manera, la especie humana es la única, dentro del reino animal, que tiene un saber anticipado sobre su propia muerte. Desconozco los motivos por los cuales este saber no es aceptado como un punto final y, por el contrario, ese saber por anticipado es denegado, subsistiendo la idea de que la muerte es un tránsito hacia una nueva vida, la resurrección de la que habla la Biblia, el día del Juicio Final, es una de las múltiples maneras de confirmar esa denegación. La religión obtura la idea de la muerte, la hace tolerable, en definitiva, la niega.

Sin duda, es posible recurrir al psicoanálisis para esclarecer un poco esta cuestión, ya que podemos afirmar que nunca se sueña con la propia muerte, se puede soñar con el momento anterior, pero nunca en el momento de la muerte. Esto hace pensar que la muerte no tiene una representación propia, sólo está el no saber sobre lo que pasa después de ella, nadie ha vuelto para contarnos cómo es el después. Y este no saber es angustiante, produce temor, miedo y es dador de una cantidad de patologías muy importantes. La función religiosa produce una denegación de la muerte con lo que cumple una vez más un servicio importantísimo a la especie humana.

Nosotros los mortales imaginarizamos nuestra muerte desde el lado de los órganos perceptivos, dejamos de ver, de oír, de oler, esto aparece como primer movimiento que se envuelve en una desaparición de la conciencia, una pérdida de la unidad yoica, una disolución de nuestra identidad.

Volvamos a repetir esas palabras: pérdida de la unidad yoica, disolución de nuestra identidad. Suenan a dichos repetidos y huecos que no nos llevan a ningún lado, porque lo que está más profundamente en juego es el saber sobre la muerte. ¿Mi padre que está muerto sabe que está muerto?, duro y difícil interrogante el que apareció en esta tarde de gris invierno. Si no sabe que está muerto puedo suponer que alguna vez supo que estaba vivo, pero eso no tiene ninguna consecuencia, ya que aquel saber es

diluido en el no saber actual, en el no saber que está muerto. Sigamos este estrecho sendero que sin duda tiene un tinte de esfuerzo contra mis propias resistencias.

Dije: tarde gris de invierno, en esta tarde gris de invierno sé que estoy vivo sin saber cómo estoy seguro de esta certeza. Mi cuerpo, la voz de la TV, los ruidos de la calle, me hacen saber que estoy vivo... pero ¿cómo?. ¿De qué manera?. Borges, ya no recuerdo en qué libro, decía que la mariposa soñaba que era Lao Tse... ¿quién me garantiza que estoy vivo?. Puedo ir a la cocina y producirme una herida, esta maniobra me serviría para no dudar que estoy vivo, me ocuparía de mi dolor. Pero podría salir al balcón y tirarme, son cinco pisos (me da miedo el tránsito de los segundos que duraría la caída). Podemos fácilmente pensar que al morir ya no sabría que estoy vivo, pero tampoco sabría que estoy muerto, y ese sin saber abarca toda mi vida, ya que en el momento en que no sepa que estoy vivo, nada sabré sobre mi vida, da igual haber vivido o no. Lo efímero del vivir está determinado porque el saber que uno está vivo está rodeado por un magma inmenso y extenso de no saber que uno está muerto. Ese no saber es sin respuesta, existe algo imposible de saber, y cuando no se quiere saber sobre ese no saber, se cree, se hace uno religioso.

Al imaginarizar nuestra muerte estamos tratando de darle un sentido a lo real de la muerte que pasa por el cuerpo: "parece que estuviese dormido", pero no está dormido, está muerto, pues su cuerpo ya está frío, y recordemos que en medicina legal existe un conocimiento de las distintas etapas de la disolución corporal para establecer el tiempo que ha pasado desde el momento de la muerte.

Existe un gran misterio en la muerte que no podemos desvelar, y que tropieza con nuestro narcisismo, ya que el cuerpo es el yo alienado en su creencia de eternidad, y lo que más duele tiene que ver con el olvido; como apuntaba en otro escrito, "Vivir sin red", ¿qué fue de aquel legionario, de la segunda cohorte, que murió pisoteado por un elefante de Aníbal?. Esto que imaginarizamos es intolerable para el sujeto, y esta intolerabilidad está basada en el narcisismo, nos amamos demasiado y no toleramos perder ese amor. Por el contrario, la pulsión de muerte, en su empuje al retorno de lo inanimado, marca el ciclo vital con todas sus consecuencias.

La religión funciona negando la muerte. Esto en las religiones monoteístas es muy claro, está siempre presente la promesa de una vida futura al lado de Dios Todopoderoso, adquiriendo según cada religión una forma diferencial de esta vida más allá de la muerte. En otras religiones, como el hinduismo o el budismo, esta negación

de la muerte implica un ser uno con la divinidad, salir del ciclo de la vida y de la muerte, como en la reencarnación. Esta afirmación merecería un apartado especial que dejamos para otra ocasión.

EL SENTIDO.

¡¡Dios mío, Dios mío, te ofrezco este dolor!!, decía un cura borrachín que en una apuesta adolescente había tratado de subir más alto que otros a un árbol medio endeble precipitándose sobre el suelo desde una altura considerable. Pero ese episodio que podía ser tratado como una gamberrada, adquiriría cierto matiz sagrado por la entonación de una plegaria en sufrimiento concebida.

El sufrimiento es trinitario. En “El malestar en la cultura” Freud afirma que éste tiene tres orígenes: el cuerpo propio, la relación con los otros y las catástrofes naturales.

Esta vida, suele escucharse repetidamente, “es un valle de lágrimas”, ya que hay un imposible de evitar, lo que llamamos el sufrimiento en la vida que nos lleva por ese “camino de espinas”. El sufrimiento que el cuerpo impone es muy distinto según quién, pero nadie se salva ya que la inevitable deriva de la vida lleva a ese cuerpo a un envejecimiento que ya de por sí es un sufrimiento, al limitar las funciones que habitualmente de jóvenes realizábamos con placer. Pero esto está interceptado de mil maneras distintas, por un accidente de tráfico que deja cuadrapléjico a un joven de 20 años, o por una leucemia que apareció sin previo aviso a los diez. Este tipo de situaciones son difícilmente tolerables y se viven con la sensación de una injusticia divina, ¿por qué a mí?. Es la pregunta más habitual en esos casos.

Pero si bien es cierto que este tipo de situaciones aparecen desconcertando al personal, hay otro tipo de situaciones que cuestionan aún más el sufrimiento. Como ejemplo de estas últimas situaciones podemos ver los sobrevivientes de Atocha, o las víctimas del terrorismo, ya sea éste un terrorismo de Estado o el de una banda armada. El primero marcó a toda una generación de argentinos y chilenos, el segundo a todas las víctimas de ETA. Este sufrimiento producido por el hombre sobre el hombre aparece como un exceso difícil de dotar de sentido, a no ser que recurramos a la religión, “si Dios quiso”, o “es una prueba que Dios nos puso para poder llegar a estar sentado a la diestra de Dios padre todopoderoso”. Esto del lado de las víctimas, del lado de los victimarios aparece el Ideal justificando cualquier barbarie, como hemos podido ver en el degollamiento público realizado por los fedayines.

De esta manera, podemos ver cómo el amor a Dios genera un odio mortífero que lleva a la humanidad por el camino de la amargura, y en esto no es igual creer que no creer, ya que el vínculo social que establecen las religiones, y sobre todo las religiones monoteístas, lleva inevitablemente a la Guerra.

Sin duda este comienzo del siglo XXI está, nos guste o no, marcado por la televisión, que no sé si lo inventó Dios o el Diablo, pero también hemos visto la muerte en vivo y en directo de una niña de aproximadamente 12 años que fue tragada lentamente en una riada mientras ya no la sostenían del árbol del que estaba sostenida. La TV nos muestra las catástrofes naturales con una precisión inmediata y casi siempre en tiempo real, ya no recuerdo el país. Sea cual sea la explicación que demos, es difícil comprender el rostro de sufrimiento de ese pequeño niño africano rodeado por las moscas y con su mueca de hambre. La religión, claro está, aporta un sentido: la humanidad, toda ella, tiene que pagar no se sabe qué extraño pecado original, y lo paga con el sufrimiento. De esta manera se lee que las catástrofes naturales son un merecido castigo debido a la maldad humana.

El sufrimiento no tiene sentido y es la religión la que se lo da. Dios es el nombre que sirve para designar el principal punto de fuga por donde retorna el sentido: ya que no podemos evitar el sufrimiento, éste está justificado porque es una prueba que Dios impuso a los mortales. Aquí cabe una pregunta: ¿por qué la especie humana no nació para ser feliz?. Esta pregunta aparece como sin sentido, ya que el sufrimiento aparece como natural. Que la vida tenga un sentido es un poderoso bálsamo para los dolores del alma, llegar a estar sentado a la diestra del Dios padre todopoderoso es una figura de una potencia sin igual para el creyente. Toda la vida consagrada a ese objetivo ayuda a reprimir, entre otras cosas, a la maldad que en mayor o menor medida todos llevamos dentro, y esta represión ayuda a mostrar la bondad humana como el único motor que mueve la vida sin percatarse de que esta posición bondadosa implica una fuerte dosis de crueldad, como puede verse en los padres que sólo quieren el “bien para sus hijos”.

Sin embargo, es necesario aclarar un poco qué entendemos por sentido. Ya que esta palabra está abierta a muchos sentidos, nosotros la empleamos desde la perspectiva de la finalidad, es decir, que tener un sentido implica el intento de alcanzar un fin, un premio. La vida tiene sentido si luchamos por conseguir el amor divino, el sufrimiento tiene sentido si es la prueba que nos pone Dios para alcanzar su amor. Desde esta

perspectiva la vida religiosa adquiere un sentido y todo queda explicado, todo tiene sentido.

Hemos establecido cuatro razones para que la función que cumplen las religiones en el entramado humano sea tan poderosa: La figura de Dios aparece como protector imaginario de la vida ante la indefensión humana; por otro lado llena, responde de un modo contundente por la creación, Dios es el creador de todas las cosas; en tercer lugar veíamos a Dios como una respuesta inconsciente ante el vacío del sujeto humano, por último Dios aparecía como dador del sentido para la vida de cada cual. Estas razones, y algunas otras que no contabilizamos, nos llevan al meollo de la cuestión. Nueva pregunta pues: ¿por qué la especie humana necesita de la función religiosa para tapar lo que podemos llamar las debilidades?.

Hemos dado un quinto paso, Dios existe porque da sentido al sufrimiento.

EL CUERPO ESTÁ AFECTADO POR LA ANGUSTIA.

Uno de los pasos de la Semana Santa sevillana es el de la “Virgen de las Angustias”, es el momento en el cual Cristo es bajado de la cruz, es decir, el cadáver de Jesucristo es descrucificado y ese cuerpo, que es cadáver prometido a los gusanos, resucitará al tercer día de entre los muertos.

En la concepción cristiana de la dualidad cuerpo-alma, la muerte introduce una separación donde el cuerpo vuelve a la tierra y el alma parte hacia el infinito. Esto lo podemos leer en San Pablo, quien nos enseña que el cuerpo es el cuerpo del pecado, que es perecedero y está entregado a la corrupción y que, sin embargo, hay otro cuerpo que pertenece a Dios, que está consagrado a él, y que ése será el cuerpo glorioso y divino.

Esta concepción marca por un lado la evidencia inevitable de la corrupción del cuerpo y, por otro, señala la esperanza de la vida futura sin corte mortífero que señale el sin retorno de la muerte. Pero no podemos pasar por alto que el cuerpo es la sede de la muerte y, al mismo tiempo, es el lugar de máximo goce corporal. Es en este punto donde la muerte y el sexo se cruzan, es el lugar de la angustia.

No es casual que Freud comenzara su andadura por el estudio de la neurosis de angustia ofreciendo una primera hipótesis en relación a una descarga anómala de energía; dicho de otro modo, el monto de afecto no descargado adecuadamente en el orgasmo produce angustia, y da como ejemplo el “coitus interruptus” en primer lugar.

La neurosis obsesiva, con sus rituales, es la que muestra el camino de cómo las defensas están para neutralizar la pulsión que, en su descarga anómala, tiene que ver con la angustia.

La angustia es lo que nos afecta, y nos afecta en el cuerpo, lo cual no deja de ser importante, porque, hasta aviso contrario, los muertos no se angustian; o mejor, la angustia es una señal de estar vivo, de que tenemos un cuerpo al que le pasan cosas, y al mismo tiempo es un límite, una cárcel. La angustia es el sentimiento de que el cuerpo es falta, en todos los sentidos de este término, es una falta que podemos cometer con el cuerpo, una “hamartia”, un pecado, pero al mismo tiempo falta no alcanzada, el cuerpo falta.

En esa falta se aloja la función religiosa, la todopoderosa función religiosa cuya importancia es extrema en la vida de la especie humana y que es usada por el discurso del amo para sus juegos.

LA RELIGIÓN, EL CUERPO, LA ANGUSTIA.

La religión es un poderoso ansiolítico. No me cabe la menor duda que si estas sólidas creencias pudieran transformarse en pastillas, se venderían como rosquillas de la misma manera que Roche vende el valium. Pero en el interjuego de intereses políticos, económicos, de poder y “tutti quanti”, la Iglesia tiene un papel fundamental en la comercialización del producto. Siempre, en todas las épocas, la Iglesia produjo un beneficio importante que era aprovechado por las jerarquías, pero, también hay que decirlo, financió al mundo de la cultura de manera prodigiosa. Sin ella tampoco habría un Miguel Ángel, ni una Capilla Sixtina que con sus colores nos muestra una visión sublimada de la condición humana. Desde la perspectiva de otra de las grandes religiones monoteístas, la musulmana, podemos ver cómo opera la represión, la represión de la imagen para ser precisos, haciendo surgir los arabescos en todo su esplendor.

Pero comenzamos afirmando en forma taxativa que la religión era y es un poderoso ansiolítico, y esta afirmación, aparentemente simple, es de una gran complejidad si llevamos este texto que estoy escribiendo a tener que demostrar esa verdad evidente, ante lo cual no estoy dispuesto a retroceder. Me lanzo a ello sin red, lo que supone un peligro evidente.

¿Qué es el peligro?. Recurramos en plan fácil al “Diccionario de la Real Academia Española”: “Peligro: Riesgo o contingencia inminente de que suceda algún ‘mal’”.

No tiene desperdicio, para comenzar supone que se sabe qué es un "mal", y en principio hay algo de cierto. Si uno sale a la carretera en un puente cualquiera - pongamos, porque está al caer, "el puente de la Constitución"-, es evidente que le puede suceder algún mal, matarse con toda la familia por ejemplo, pero ¿por qué eso es un mal?. Es un mal porque morirían niños, que son una reserva de trabajadores para un futuro no muy lejano, también se mataría Vd., que es un joven ejecutivo en pleno proceso de producción para el discurso del amo, ya que le costó bastante dinero al erario público darle la formación que Vd. se merecía y ahora no la podrá devolver en forma de beneficios económicos a las empresas privadas, que, en definitiva, son las que administran el erario público. Además, en ese accidente, que después será transmitido por la TV, para que otras personas vean en vivo y en directo lo que es el peligro de las carreteras, murió su esposa, una joven de buena familia que servía de relaciones públicas a una empresa de azafatas con oscuros fines, como había sido denunciado por Sardá en una noche loca. Sólo soltaron el nombre de algún testafierro menor y la cosa siguió dando sus frutos a los grandes empresarios, ya que su joven esposa fue reemplazada rápidamente...

Es evidente que hay una relación entre peligro y mal, como dice el Diccionario, si vemos al coche rojo cuando lo levanta la grúa con el cadáver del más pequeño, que ni los bomberos pudieron extraer. Pero sigamos por un momento este juego extraño en el cual me he sumergido: ¿No hubiera sido peor que, por causas que desconocemos, ese mismo sujeto que se mató al volante, por esas extrañas jugadas del destino, hubiera seguido viviendo y a los tres meses lo echaran de la multinacional en que trabajaba, quedándose en el paro, y que sufriera durante dos años "como un enano", sufrimiento que transmitiría a su esposa, quien cansada de él comenzara a "tirarse" a un amante de lujo, y que, para colmo final, uno de sus hijos que hubiese contraído la meningitis se quedase tirado?. Sigamos por un momento más este juego siniestro como la vida misma, ¿qué es peor mal?: ¿El accidente y la muerte rápida, sin verla venir, o el destino posterior que es un camino de excesivo sufrimiento?.

Este tipo de problemas sin duda entretenía a Freud, ya que es la pregunta que se hace en la conferencia citada: ¿qué es el peligro?. Y con su coherencia habitual, lo contesta desde el psicoanálisis. El peligro, nos dice, es exterior. Esto ya le plantea un problema que le cuesta dilucidar, ya que ¿qué es lo exterior?. ¿Exterior a qué interior?. Freud no deja de sorprenderme, ya que con una soltura que no se justifica por lo peliagudo de la problemática, nos dice: lo temido no es el daño que puede sufrir la

persona, daño que habrá que evaluar objetivamente, lo peligroso es el daño que puede producirse en la situación anímica. El mal es sinónimo de daño anímico.

Después de corregir a Rank, afirma que el prototipo de la angustia es el nacimiento, que este estado es tóxico ya que se debe a componentes respiratorios y cardíacos, pero que lo más importante es que genera un monto de excitación que no puede ser dominado por el principio del placer y que subjetivamente es sentido, vivido, como un displacer. Es decir, un monto de excitación que no puede ser sometido por el principio del placer y que, de esta manera, produce un instante traumático cuya repetición es temida por el yo. Sea como sea el cuerpo, el yo, el que percibe este exceso.

Aquí habría que dar una larga marcha por todo lo que es la teoría freudiana: el principio del placer y el más allá del principio citado. Como no podemos realizar ese esfuerzo, les remito al Seminario 7 de Jacques Lacan.

Dije que me lanzaba sin red y aquí estamos en pleno salto, ya que necesitaríamos toda una serie de argumentos que, sin embargo, dejaré de lado para concluir el vuelo hacia la muerte:

Lo que podemos afirmar en forma taxativa es que la vida es la espera angustiosa de un trauma por venir, la muerte, la disolución del yo; la vida es la angustia futura y recorrida, es el paso que se supone traumático por desconocido, y ahí es donde aparecen las religiones como ansiolíticos. Todas coinciden en un punto: después de la muerte hay vida, estar sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso, o bien salir del circuito infernal de las generaciones produciendo una reencarnación que hace la vida eterna en cuerpo y alma, como sostiene el budismo. En definitiva, todas niegan la muerte y esa es su función.

Hemos dado un sexto paso para entender la función religiosa, o la existencia de Dios, combatir la angustia que es la vida en su espera de la muerte.

Dejo unas preguntas sin respuestas:

1. ¿Por qué la especie humana se pregunta cosas tan extravagantes?.
2. ¿Por qué la especie humana no tolera enfrentarse con la verdad de la muerte?.